

EL
JUICIO DEL
VERDUGO

J. J. VILLARREAL

Contenido

[Dedicación](#)

[Reino de Tresden](#)

[Epígrafe](#)

[Misericordia](#)

[Maldiciones y superstición](#)

[El capitán](#)

[La isla del fuego](#)

[El lugarteniente](#)

[El padre y el cuerpo](#)

[En la caverna](#)

[La Hermandad](#)

[Plan de rescate](#)

[Amigo](#)

[La casona](#)

[Vigilancia](#)

[Una sorpresita](#)

[El barón](#)

[La fuente de vida](#)

[Monstruo](#)

[Poneos cómodos](#)

[¿Me escuchas?](#)

[Expresión de incredulidad](#)

[Mejor plan](#)

[Al lector](#)

[Libro gratis](#)

[Una nueva aventura](#)

[Otros libros](#)

Notes

A los que se atreven a salir

REINO DE TRESDEN



EPÍGRAFE



«Los ojos de Eluvá miran en todo lugar, y traerán a la luz toda obra, sea buena, o sea mala» —*El libro de la devoción.*

1. MISERICORDIA

AUNQUE LA BRUMA de la mañana no le permitía ver más de diez pasos, se detuvo, desenvainó su espada y se preparó para el asalto.

Arjen Dabidji estaba cansado, muy cansado. Llegaría al puerto en cualquier momento, pero la neblina no lo dejaba ver bien. Además, el sol estaba por ocultarse.

Había calculado mal el tiempo que le tomaría llegar. Según él, llegaría al pueblo costero de Burjen poco después del mediodía. Sin embargo, la maldita neblina retrasó todo. Bueno, eso y haberse levantado tarde esa mañana. En lugar de salir inmediatamente, cuando bajó al primer piso del mesón, el olor a huevos con tocino fue demasiado tentador y se quedó para almorzar.

Cada vez más se le dificultaba despertarse temprano.

Y cuando lo hacía, le dolían los huesos, y las antiguas y nuevas cicatrices. Ahora eran más los huesos que tronaban, y tronaban más fuerte.

Te estás haciendo viejo, Arjen, pensó.

Miró a su alrededor, esperando escuchar los pasos de los asaltantes.

Sin embargo, silencio; excepto por el sonido del bosque que abrazaba el camino pedregoso por el que andaba.

Siguió caminando. Si Eluvá le era propicio, los maleantes se arrepentirían y lo dejarían en paz.

Sabía que eran tres, porque los vio en la taberna de la que salió una hora atrás. Se había detenido allí para rellenar el odre de vino aguado que colgaba de su cinto, y aprovechó para comer un bocadillo.

Aunque vestía el uniforme negro de los sabuesos, traía una capa gris puesta encima, por el fresco, con la alforja cruzada sobre el hombro. Además, el viaje desde Tresden había sido largo, de tres

días casi completos, y prefería no andar enseñando el uniforme para no atraer demasiado la atención.

Muy a su pesar, de todas maneras atrajo la atención de esos buenos para nada.

Cuando puso la monedita sobre la mesa para pagar su deuda, el tabernero inmediatamente la tomó, la guardó y en voz baja le dijo:

—Con cuidado, forastero. —Y le apuntó con una revirada de los ojos a la esquina de los tres.

—Eluvá sea contigo —le respondió Arjen. Se puso de pie y se acomodó bien la capa. Antes de salir, miró de soslayo a los tres para ver qué tipo de armas llevaban encima.

El que más le preocupaba era un calvo de hombros anchos y mirada feroz. Le brillaban los ojos, y casi pensó que sonreía. Este llevaba un cuchillo largo envainado en la cadera, como de carnicero. Posiblemente a eso se dedicaba, a destazar cerdos y forasteros que andaban solos.

El segundo era un barrigón de barba desaliñada al que no le vio arma, y el tercero un flacucho con la cara marcada de cicatrices. Los tres llevaban túnicas sencillas y sucias.

—Dios con vosotros —les dijo, para ver si eso, y su espada al cinto que casualmente dejó ver, los disuadía. Ninguno de los tres contestó el saludo, solamente el calvo asintió.

Al salir de la taberna echó una mirada por encima del hombro y los vio a la distancia, envueltos en la bruma, siguiéndolo.

Maldijo.

Ahora, a media legua alejado de la aldea, Arjen sabía que lo atacarían pronto. Estaban ya lo suficientemente lejos para que nadie escuchara sus gritos de socorro. La neblina se tornó más espesa, y los escuchaba acercándose.

Eran unos cabezas huecas. Pero eran tres, y si iban armados, eran cabezas huecas peligrosas.

Tres contra uno era desventaja, pero había salido de peores desventajas muchas veces. Con enemigos diez veces más feroces y bien entrenados.

Hasta ahora conservaba su vida, aunque apenas.

El ataque lo tomó por sorpresa porque no fue por donde lo esperaba, por la vereda, sino por el flanco izquierdo.

El flacucho saltó de detrás de un árbol en el bosque y se abalanzó contra él blandiendo una espada corta. El ladrón lanzó un grito y le habría partido la cabeza si Arjen no se hubiera movido a la izquierda. La espada le pegó en el hombro, pero resbaló en la capa gruesa, deshilachándola.

Arjen dio dos saltos para hacer espacio entre él y su atacante, con un renovado respeto por él. De los tres, pensó que el flaco era el más tonto, pero había logrado acercarse por el bosque sin que se diera cuenta.

Ese debe ser su modo de operar, pensó. Dejar que su presa piense que el ataque viene por la retaguardia y partirle la mollera cuando no se lo espera.

Pero ahora Arjen ya estaba precavido, con la espada frente a él, empuñándola con ambas manos, esperando el ataque.

—Si te largas —le dijo al ladrón—, te dejo vivir.

El ladrón, con el semblante desorbitado por la rabia y los ojos rojos, le enseñaba los dientes como un perro enojado. Arjen dio un paso para atacar, pero en ese preciso instante, de entre la neblina se materializaron los otros dos.

Siete Profetas, protegedme.

El carnicero empuñaba un hacha, con el cuchillo largo en su cintura, y el gordinflón un garrote. Aunque ambos eran hombres gruesos, corrían hacia él como toros desbocados, a una velocidad pasmosa.

Allí, esa mañana fresca, Arjen se unió a su espada, así como antes, así como muchas veces en la guerra, en batallas y escaramuzas. La espada se convirtió en un tercer brazo, en una extensión de su cuerpo.

Dio tres zancadas y la hizo descender en diagonal sobre su enemigo, quien levantó su acero para defenderse, pero el golpe fue tan violento que el ladrón perdió su espada. De un segundo espadazo le abrió el pecho. El joven aulló de dolor, pero su grito duró poco tiempo. El siguiente golpe del filo de la espada de Arjen le

destrozó por completo el rostro, partiendo el hueso y rebanando la piel. Se desplomó en el suelo.

Ya tenía a los otros dos encima. El carnicero quería cortar el cuello. Se defendió del primer y segundo machetazo, pero el barrigón alcanzó a darle con el palo en el hombro izquierdo. El dolor fue intenso. ¿Le habría roto un hueso? Saltó hacia atrás y después a la izquierda, poniendo al gordito en medio, para no pelear con dos al mismo tiempo.

El garrote descendió, pero no era un buen arma contra el acero. De un golpe volaron astillas y ahora el ladrón de barriga prominente, en lugar de tener un garrote, sostenía apenas un mango de un palmo de longitud. Gritando, se dio la media vuelta, pero antes de que pudiera huir, Arjen le cortó la espalda y este se fue de bruces.

—¡Muérete, maldito! —gritó el carnicero atacando de nuevo.

Arjen sentía el vibrar de la espada con cada golpe. Su enemigo era más grande y más fuerte, pero sin experiencia reciente en batalla. Confiaba en su fuerza bruta, pero en la guerra la fuerza bruta podía ayudarte solo hasta cierto punto.

El grandote, empuñando con ambas manos, hizo descender el hacha. No midió su fuerza. Arjen esquivó, el hacha se enterró en el suelo y, antes de que la desenterrara, Arjen, con toda su fuerza y con un grito, le destrozó la quijada.

El carnicero se fue hacia atrás, cayendo sobre las posaderas, con la sangre a borbotones pero todavía vivo. Tenía los ojos bien abiertos, sorprendido de cómo se desarrollaba la situación, muy diferente a las muchas otras veces que había asaltado a viajeros.

Arjen se lo imaginaba. Cadáveres de viajeros, hombres y mujeres, asesinados por la mano de estos tres, sus cuerpos profanados tirados en el bosque a merced de los animales salvajes. Hombres y mujeres, quizás incluso niños, violentados, violados, muertos como animales.

Le invadió la rabia al pensarlo.

Increíblemente, el carnicero miró su hacha, que estaba a un par de pasos de distancia, e intentó ponerse de pie para recuperarla.

No lo logró.

El capitán de los sabuesos del rey le partió el cráneo en dos. Cayó de lado en un ángulo retorcido, el rostro sobre la tierra, sangre y cerebro saliendo de la cabeza.

El gordo continuaba con vida, aunque la herida en la espalda era profunda. Probablemente viviría a pesar de ella. En el suelo se dio la vuelta y levantó las palmas de las manos al ver que Arjen se acercaba.

—Piedad, amigo —le dijo—. Piedad. ¡Piedad!

—No somos amigos —le respondió.

—Tengo cuatro hijos, una mujer que me espera en casa.

Lo dudo mucho. No parece hombre de familia. Si tiene hijos, serán bastardos regados por el reino.

—¿A cuántos has matado? ¿A cuántos han matado?

—Por Eluvá, perdóname la vida, ¡por la gracia de los Profetas!

Colocó la punta de la espada justo debajo de la barbilla del hombre, que temblaba, con los ojos desorbitados del terror.

—Mereces desangrarte con ellos.

—Misericordia, misericordia, ¡por mis hijos, por Dios!

Arjen titubeó.

¿Misericordia?

¿Acaso habían sido ellos misericordiosos con los tantos que asaltaron?

Crujió los dientes, cerró los ojos.

Los abrió.

—¿Misericordia? Pídesela a Dios.

Y le enterró la espada en el corazón.

2. MALDICIONES Y SUPERSTICIÓN

LLEGÓ A BURJEN cuando oscurecía.

Había gastado un poco de tiempo moviendo los tres cuerpos a la orilla del camino. Que la naturaleza se encargara de ellos.

Burjen era pequeño y, por lo que alcanzaba a ver, pintoresco. En las ventanas de las casas de madera, con sus techos de dos aguas, los aldeanos encendían lámparas para ayudar a con la iluminación de las calles. El terreno era irregular, de leves colinas y rodeado por altos y hermosos pinos. Arjen estaba a la entrada del pueblo, en un punto alto, desde el cual veía el reflejo de la luna en el mar.

El pueblo se asentaba en la península de la provincia de Ayatán, al suroeste de la ciudad real de Tresden.

Arjen descendió por el camino y entró al pueblo. Hombres, mujeres y niños andaban de aquí para allá, y en una plaza cercana desmontaban el mercado principal del pueblo. En la misma plaza estaba erigido un teatro de títeres, y una multitud de unas cuarenta personas esperaban que comenzara la función.

En una esquina bien transitada, un hombre tocaba la lira acompañado en el pandero por una hermosa mujer de piel oscura. Arjen lanzó un cuarto de cobre en el tazón de lata frente a los músicos.

Siguió atravesando el poblado hasta acercarse al muelle. El aire olía a sal y a madera húmeda, y una brisa fresca le acarició el rostro al acercarse a la orilla.

Se detuvo un momento, contemplando las barquillas que se mecían. El crujir de la madera y las cuerdas tensas llenaba el silencio, mezclándose con el ritmo constante del agua golpeando contra los cascos. Las aves, sobre mástiles, postes y barriles, custodiaban aquel rincón del puerto.

Miró a su alrededor y se decidió por un mesón con taberna que se llamaba El Ancla Vieja.

Entró, dejándose el capote puesto para no revelar su túnica negra, el uniforme de la Honorable Compañía de la Justicia del Rey.

El lugar estaba casi lleno. Hombres y mujeres conversaban, reían, apostaban, y algunos cantaban al son de la música de un trovador.

Arjen se acercó a la barra, donde el tabernero rellenaba unos tarros con cerveza.

—¿Dónde yo quiera? —le preguntó el capitán.

—Donde guste, maese. Donde haya espacio.

—¿La espada?

—Lo que prefiera, amigo. La puede dejar en el vestíbulo, o no. Es un pueblo muy tranquilo.

—¿Hay posada?

—¿Para usted, solamente?

—Para mí, sí.

—Me queda un cuarto disponible, amigo. Un secle la noche. Incluye el uso de la letrina y una jofaina con agua tibia.

Arjen puso la moneda de bronce en la barra de madera, y el mesonero la tomó, asintiendo con la cabeza y asegurándole que la habitación estaría lista pronto.

Le dio las gracias. Por fortuna encontró en la esquina una mesa pequeña. Estaba lejos de la chimenea, pero arrinconada de tal manera que le daba un poco de privacidad.

Al sentarse, inmediatamente encendió su pipa.

Lanzó una larga y deliciosa bocanada de humo grisáceo.

Cansado. Adolorido. Adormilado.

Así se sentía.

Se acercó un mozo de unos catorce o quince años.

—¿Qué se le apetece, mi señor?

—Aguardiente y la cena que tengan.

—Sopa de lentejas con carne, medio pedazo de pan, y una rebanada de queso.

—Que sea un pan completo, y dos rebanadas. Si me lo traes rápido, te daré un cobrín.

—Al instante, maese —respondió, sus ojos brillando, y se retiró.

Chupó la pipa y cerró los ojos, recargándose en la pared. Casi se queda dormido. Parpadeó con fuerza y sacudió la cabeza. Anhelaba lanzarse en la cama.

Entonces le llamó la atención la conversación en una mesa cercana. Tres hombres conversaban en voz baja, aunque sin demasiado cuidado.

—Debe ser la maldición —dijo uno de ellos, el más joven de los tres—. Es lo que yo pienso.

—Eso no es más que superstición —dijo un segundo, un hombre robusto, de gruesos bíceps, y completamente calvo.

—¿Superstición? —dijo el tercero, un viejo de cabello blanco y barba del mismo color que le descendía hasta el ombligo—. Todos saben que esa isla está maldita. El volcán es la entrada al inframundo, custodiado por los demonios del mismísimo Doriatán.

—Venga, don Node —lo recriminó el más joven—, no diga en voz alta el nombre del Príncipe.

El viejo se encogió de hombros:

—Escuché por allí que la situación es tal que mandaron llamar a sabuesos.

—¿Sabuesos del rey? —preguntó el calvo.

—Pues ¿qué otros sabuesos serían, eh? —dijo el viejo—. ¡Sabuesos del rey, por supuesto!

—Vaya —respondió el calvo—. La situación debe estar fea, entonces.

—Pues claro que sí —dijo el viejo don Node—. Ya van varios desaparecidos.

—¿Todos niños? —preguntó el más joven.

Don Node se encogió de hombros, de nuevo:

—Eso no lo sé. Mujeres y niños, escuché. Te lo digo, esa isla está maldita. Siempre lo ha estado. Los que viven allí deben estar locos. Es una isla llena de espíritus malignos, brujas y hechiceros. Además, no es la primera vez que pasa. Yo recuerdo escuchar lo mismo hace como unos cincuenta años. Una temporada de desapariciones allí. Te lo digo, la isla está maldita.

—¿Y los sabuesos ya llegaron? —preguntó el calvo.

—Ni idea —dijo don Node—. Tres Dientes me dijo que uno llegó ya a la isla, y que al parecer vendrán uno o dos más.

—Nunca he visto un sabueso —dijo el calvo, dándole una mordida a una manzana—. Seguro hay muchos en Tresden.

—¿Te imaginas si fueran los de los folletines? —dijo el joven.

—Arjen y Zark —dijo el calvo—. ¡Me encantan esas historias!

Por los Siete Profetas, se dijo Arjen. *Incluso aquí llegan esos malditos folletines.*

Se aseguró de que su capa cubriera bien el uniforme.

Últimamente Brisbán el Bardo había duplicado la publicación de las aventuras de *Los sabuesos de Tresden*. Dos historias semanales, en lugar de una. La gente se devoraba las historias, eran tan populares que incluso circulaban copias ilegales a lo largo del reino. Puesto que Arjen y Zark se rehusaban a volver a hablar con el Bardo, este ahora se las había ingeniado para contar historias completamente fabricadas.

No que eso le importara a los lectores. De ninguna manera, mientras más violento fuera el caso, mientras más intrincado, mientras más dramático, mejor.

Le trajeron la cena, comió rápido, y caminó de nuevo a la barra a pagar lo que debía y para que le mostraran su cuarto.

—Mañana necesito hacerme a la mar —le dijo al tabernero en voz queda—. Voy a la isla.

El hombre levantó las cejas:

—Ya casi nadie quiere ir. Desde que... —No terminó su oración. Cambió el tema—: Busque al capitán Kordan. Mañana temprano. Lo encontrará aquí, justo enfrente del mesón. Tiene una barquilla que se llama La Alborada. Él sale casi todos los días para allá con un cargamento. Justo antes de que salga el sol.

—Bien.

El tabernero se dirigió al muchacho que lo había atendido:

—Hijo, muéstrale su cuarto.

Subieron las escaleras y lo dirigió hasta el final del pasillo. Le dio la llave. El capitán le puso un par de cobrines en la palma.

—¡Gracias! —dijo el chico, y se marchó.

Arjen entró y, poco tiempo después, dormía.

3. EL CAPITÁN

DESPERTÓ AL ESCUCHAR un ruido.

No podía moverse de la cama de lo cansado que estaba.

Sin embargo, allí: el ruido, de nuevo.

Venía de la puerta. Un sonido metálico.

Están intentando abrir mi puerta.

Sí, estaba cansado, pero no lo suficiente como para dejarse matar. Se levantó lo más rápido que pudo, tomó la espada y corrió hacia la puerta. Quitó la traba del candado y, al abrirla, con la espada lista, escuchó los pasos de alguien que se alejaba a toda prisa.

Por el pasillo una sombra estaba ya por llegar al fondo. Arjen, descalzo y en túnica interior, corrió en dirección de la sombra. Bajó las escaleras con cuidado (de encontrarse con el fugitivo, o de resbalarse y torcerse un tobillo, una posibilidad muy alta a su edad), llegó a un vestíbulo pequeño con una sola puerta, la cual estaba abierta y daba hacia la taberna.

Al entrar allí, apenas alcanzó a ver a la sombra que huía por una ventana, saltando por ella como un conejo.

Se apresuró. Al asomar la cabeza, el hombre o joven desapareció en la bruma. Ni siquiera lo escuchó alejarse. Huyó como gacela.

—Maldita sea —dijo.

Por la ventana entró una brisa fría que le dio un escalofrío. Cerró la ventana y le puso la aldaba, que era sencilla. El fugitivo la habría quitado con facilidad.

No sabía la hora, pero a juzgar por algunos gallos que ya cantaban, se estaría terminando la cuarta vigilia de la noche, por lo que pronto sonaría la primera campana del amanecer.

En ese momento escuchó unos pasos y, por una de las puertas laterales entró una joven que, al verlo, se quedó congelada y lo miró

con temor. Después con extrañeza, al notar que llevaba espada en mano pero andaba en túnica interior.

Arjen recordó verla ayer por la noche sirviendo las mesas. Probablemente una hija del tabernero y no una criada, por cómo vestía.

—¿Mi señor? —dijo ella.

—Una disculpa. Estaba... —pero le dio pereza dar explicaciones. Simplemente sacudió la cabeza—. ¿Qué hora es?

—Como la undécima hora, mi señor.

La undécima hora de la noche significaba que faltaban un par de horas para el amanecer, aproximadamente.

—Bien. Gracias. Disculpa el... susto.

—No es problema, mi señor. Algunos de los huéspedes bajarán pronto. ¿Quiere que le prepare algún desayuno?

—Sí. Por favor.

—Tendré listo un par de huevos con tocino y zumo de naranja. Si baja en una media hora, estará listo.

Le dio las gracias y regresó a su habitación.

El hombro estaba morado por el golpe recibido, así que se aplicó un ungüento medicinal. Crujió los dientes mientras las yemas de sus dedos masajeaban con suavidad la piel herida. Por la gracia de Eluvá, no parecía tener el hombro roto.

Se limpió la cara con el agua de la jofaina, se puso el medallón que lo identificaba como sabueso del rey, luego la túnica. Se ciñó el cinturón de armas, después las calzas —que ya apestaban, por cierto— y las botas. Al final, la capa.

Había salido de la ciudad lo más ligero posible, con una alforja pequeña, odre de vino y la bolsa de dinero. En un bolsillo del cinturón llevaba nueces y un poco de carne seca para el camino por si le daba hambre, aunque en realidad se había detenido en las aldeas para comer.

Descendió y desayunó. La joven lo atendió con amabilidad. Todavía nadie más bajaba a la taberna.

—Hija —le dijo, pues tendría unos dieciséis años—, ¿escuchaste algún ruido extraño justo antes de encontrarte conmigo?

Ella entornó los ojos:

—¿Un ruido extraño, maese?

—Sí. Cualquier cosa.

Sus cejas se juntaron:

—Solo unos pasos apresurados. Me llamó la atención, e hice una pausa, pero al no escuchar nada más, lo desestimé.

—Muy bien. —Cambió de tema—: Tu padre me dijo que si necesito hacerme a la mar, puedo buscar al capitán Kordan.

—Sí. De hecho, muchas veces viene aquí a desayunar algo antes de salir. No dudo que, si espera un poco, lo encuentre. Ya voy a abrir la puerta, en un momento más.

—Está bien. Lo esperaré un tiempo.

—Si gusta, le puedo traer aguamiel.

Arjen accedió, y esperó.

Se preguntaba quién trató de abrir su puerta, y con qué propósito. Para empezar, no creía que hubiera sido un ladrón que escogió su puerta al azar.

Me buscaba a mí.

Y seguramente no para charlar un rato. Probablemente, de no haber oído el ruido, tendría en este momento un puñal clavado en el corazón.

Pero nadie sabía que estaría aquí. Tampoco en este mesón. Quizás alguien me echó el ojo ayer por la noche, y decidió robarme confundiéndome con un forastero con monedas en la bolsa, cansado y fácil de robar.

Forastero, sí. Cansado, también.

¿Fácil de robar? Por los Profetas que no.

Todavía no amanecía cuando entró un hombre de barba roja que vestía un gabán oscuro que le llegaba a las pantorrillas. Llevaba un sombrero de tres picos y fumaba una pipa de cánula corta.

—Buenos días, Niviana —dijo el hombre recargándose en la barra de madera y dirigiéndose a la muchacha, que estaba del otro lado.

Para entonces había ya unas tres personas en la taberna, y además de la joven, en la cocina le ayudaba su madre.

—Buenos días, capitán —le contestó ella—. ¿Lo mismo de siempre?

—Lo mismo, por favor.

La muchacha se acercó y le dijo en voz baja, aunque Arjen captó la conversación:

—Capitán, eh, el hombre de allá quiere hablar con usted.

—¿Conmigo? —Y se volvió en dirección de Arjen. En voz alta dijo —: ¿Todo bien, amigo?

—Todo bien, capitán —respondió Arjen—. Lo que consuma por mi cuenta.

El hombre sonrió:

—Ea, pues; mi mañana va mejorando. —Se acercó a la mesa de Arjen y agregó, apuntando a la silla vacía—: ¿Se puede?

—Por favor —respondió Arjen.

El capitán Kordan se sentó y cruzó los brazos. Chupó la pipa y exhaló el humo por la comisura de los labios. Tendría unos cincuenta y tantos años, los ojos marrones, la piel curtida tanto por el sol como por el agua salada.

—¿Es usted soldado? —preguntó el marinero.

—Lo soy.

—Tiene el porte.

—Usted también. ¿Veterano de la guerra?

—Veterano de la guerra —confirmó Kordan—, aunque he cambiado la espada por el timón.

—¿No hay muchos piratas en estas aguas, entonces?

—Nah, no muchos. No aquí. Hacia el norte, sí. Ni se diga más allá de Ragidán. Andar por esas aguas es casi un suicidio. Pero éstas son nobles, casi parece un mar de agua dulce.

—Es bueno saberlo.

La joven le trajo unos huevos estrellados con tomates en rodajas, una porción de judías y pan, con un vaso de aguamiel.

Kordan inmediatamente se puso a comer.

—Gracias por el desayuno, amigo. Aunque todavía no sé cómo dirigirme.

—Arjen Dabidji, para servirle.

Kordan no levantó la vista, pero hizo una breve pausa, como si reconociera el nombre.

—Y ¿qué puedo hacer por usted, maese Dabidji?

—Me dicen que usted es la persona que podría llevarme a la isla de Azkarel.

—La persona indicada para eso soy yo.

—¿Saldrá hoy?

—Saldré hoy. Terminando de desayunar, me voy para allá. Voy con otros dos, que están cargando la barquilla.

—¿Cuánto me cobra por el viaje?

El hombre negó con la cabeza:

—Nada para un veterano de la guerra. Además, ya vamos para allá. Uno más o uno menos, no hace diferencia.

—Se lo agradezco.

—No mucha gente va para la isla, últimamente. Pero mire cómo son las cosas, hace poco llevé a otro señor. Andaba con la capa puesta así como usted. Cabello un poco más largo, le cubría las orejas. Muy callado, el hombre. Hasta después me voy enterando de que es un sabueso del rey. —Eso último lo dijo con la voz un poco más baja.

—¿Y eso es problema?

—De ninguna manera, maese Dabidji. De hecho, mejor por mí. Porque en esa isla, escúcheme bien, cosas raras, muy raras están pasando.

4. LA ISLA DEL FUEGO

EN MEDIO DE la neblina apareció la isla.

Arjen la contempló sorprendido, pues era más grande de lo que imaginó. No alcanzaba a verla toda, estaba parcialmente cubierta por la bruma. Era una isla negra, montañosa, y por sobre todos los picos sobresalía el volcán de Azkharel, de donde la isla tomaba su nombre, el cual humeaba.

El mar no se estaba quieto, y mecía la barquilla con suficiente fuerza como para que el capitán de los sabuesos tuviera que agarrarse firme al mástil.

—Estas aguas pueden ser traicioneras —gritó Kordan, desde el timón—. Agárrese bien, maese, que si se cae por la borda, no será tan fácil auxiliarlo.

Arjen se acercó al capitán del barco, y asiéndose de un barandal, preguntó:

—¿Hace el viaje a la isla diariamente?

—Casi. Excepto el primer día de la semana. Ese día es para adorar. ¿Es usted religioso, maese Dabidji?

—Algo.

—Todos los marineros lo somos. Es imposible elevar anclas sin primero confiar el alma al Creador. Uno nunca sabe.

—Aunque son aguas tranquilas, ¿cierto?

—Lo son, con respecto a piratas y monstruos marinos. Pero el mar es el mar, maese Dabidji. El peligro más grande nunca es un pirata, ni un leviatán. No, el peligro más grande en el mar, es el mar.

Arjen no lo dudaba ni por un momento. La Gran Guerra contra el Sagrado Imperio de Ragidán no se había librado solamente en tierra firme, sino también en el Mar del Dragón.

Sin embargo, él siempre combatió en tierra. No es que le temiera al mar, pero sí le tenía respeto.

—Dijo que poca gente va a la isla.

—Últimamente, así es —respondió Kordan.

—¿Por lo de las desapariciones?

El capitán del barco dijo que sí con la cabeza.

—La isla siempre ha tenido un aura de misterio, maese Dabidji. Solo la visitan los que tienen qué. Por negocio, comercio, o familia que vive allí. Además, aunque el volcán no ha hecho erupción recientemente, la última vez que lo hizo, hace mil años, mató a todos y cada uno de los residentes. En mi opinión, solo es cuestión de tiempo. Mírelo.

—¿Cuánto tiene que humea?

—Desde que yo era un crío. Y los temblores son más comunes. Téngalo por seguro, mi amigo, que cuando ese gigante despierte, lo hará con tal violencia que será un milagro si la isla no desaparece por completo.

Arjen solo se podía imaginar el espectáculo visual que sería ver explotar ese majestuoso monte negro. Sin embargo, probablemente cualquiera que viera tal espectáculo, sería el último en su vida.

El capitán Kordan dijo:

—Y sobre lo que usted pregunta, de las desapariciones, mi opinión es que son los espíritus de la isla.

Arjen recordaba el informe que recibió de Zark Sedare, el sargento primero, unos diez días atrás. El sargento había sido enviado a la isla para investigar la situación, y en el informe mencionó que la gran mayoría de los isleños pensaba que la razón por la que desaparecían niños era porque los espíritus de la isla se encontraban molestos.

La isla, en siglos pasados, había sido habitada por la tribu Garagán, adoradores del Gran Espíritu de Azkharel, que en la lengua garageña significaba «fuego». Sin embargo, cuando llegaron los primeros tresdinos, trajeron consigo la Santa Fe Profética, y la mayoría de los nativos con el tiempo adoptaron la nueva religión.

Sin embargo, como era de esperarse, los rumores decían que el culto a Azkharel continuaba, y que la razón por la que desaparecían personas era porque el Gran Espíritu estaba enfadado.

—¿Usted cree en esas cosas, maese Dabidji?

—¿En espíritus que roban niños?

—Sí.

El capitán de los sabuesos se encogió de hombros:

—He visto cosas inexplicables en mi vida. Pero si algo he aprendido es que detrás de la mayoría de los horrores que vivimos, estamos nosotros.

Kordan se quedó pensativo. Después de un tiempo, dijo:

—Ya estamos por llegar.

El puerto de la isla era mediano, y algunas embarcaciones pesqueras salían. Desembarcaron, Arjen intentó de nuevo darle alguna moneda al capitán del barco, pero este se negó.

—Normalmente regreso a Burjen un par de horas antes de que se meta el sol. Para cuando lo necesite.

El capitán de los sabuesos caminó por el muelle y se dirigió al pueblo. Era pequeño, con callejones estrechos y casas de madera sin pintar. La gente lo miraba con curiosidad. O quizás con sospecha. Las miradas eran furtivas y, cuando saludaba a alguien con un movimiento de la cabeza, la persona miraba en otra dirección.

No muy amables, se dijo.

La mayoría de los residentes del pueblo eran mestizos, con piel café y ojos ligeramente rasgados. Vestían túnicas sencillas, de colores sobrios.

Llegó a la plaza central, y de allí tomó una callecita que serpenteaba por una colina, hasta arribar al lugar que le había indicado Zark por carta: el mesón La Fuente Viva.

Al llegar, caía una ligera llovizna.

Adentro, en la taberna del mesón, cuatro comensales, cada uno en su propia mesa, en silencio. Uno de ellos, en la esquina, tenía la cara sobre la mesa y roncaba.

No había barra. Se quedó allí de pie, esperando a que alguien lo atendiera. Además de los cuatro, nadie servía.

Se acercó a la puerta que llevaba a la cocina. Era una puerta de madera, giratoria. La empujó y se asomó adentro.

Un hombre estaba allí, sentado en un banquillo junto a unos barriles, dormido.

—Disculpe, amigo —le dijo el capitán. Pero el otro no respondió. Se acercó, le repitió la pregunta, pero al no recibir respuesta, lo tomó por el hombro y lo agitó.

El hombre, de nariz redonda, mejillas rojas y cabello desaliñado, abrió los ojos, sorprendido y luego asustado:

—¡Por los Siete Profetas! —dijo—. ¿Y usted quién demonios...?

—Vengo buscando a Zark Sedare. Se hospedaba aquí.

—¿Zark Seda...? —musitó, tratando de acordarse—. ¡Ah! ¿El sabueso?

—El mismo.

—No está aquí, mi señor. Salió hace un par de días y no ha regresado.

Curioso. Me dijo que lo encontraría aquí.

—¿Adónde fue? ¿Lo dijo?

El hombre olía a alcohol.

—No me dijo nada. Por lo menos no a mí. Puedo preguntar para ver si a mi mujer.

—¿Usted es el mesonero?

—Así es. Nester, para servirle.

—Mi nombre es Arjen Dabidji. Soy capitán de los sabuesos del rey.

Los ojos del hombre se abrieron.

—Mucho gusto, señor capitán. Para servirle, mi señor capitán.

—¿Entonces salió el sargento hace dos días, sin decir nada?

El hombre se puso de pie. Se rascó la frente.

—Un momento..., estoy recordando que..., sí, mi esposa me dijo que el señor que usted busca, eh, Zark creo que dijo, eh, dejó un mensaje sellado.

—Muéstramelo.

Los ojos del hombre se abrieron otra vez, grandes, una sombra de temor en el rostro.

—No lo perdiste, ¿cierto?

Nester sacudió la cabeza:

—Estoy seguro de que no. Seguro que mi esposa lo guardó. Debe de estar por aquí, en mi despacho.

—Te acompaño.

—Sí, mi señor capitán.

El mesonero condujo al capitán al «despacho», que en realidad era un cuartito sin ventana, una silla de madera, una mesa atiborrada de papeles, y en la pared una cuadrícula de madera llena de hojas y pergaminos. Todo completamente desordenado.

—Vamos a ver, debe estar por aquí —decía el hombre.

Será un milagro si lo encuentra.

Para su sorpresa, Nester dijo:

—¡Ajá! ¡Aquí está!

Le dio un pergamino enrollado, con un sello pequeño pero bien aplicado.

Arjen acercó el sello a los ojos, para examinarlo bien.

—Le aseguro que no ha sido abierto —dijo el hombre.

—Por tu bien, espero que así sea.

Estaba bien cerrado. Lo abrió, y leyó:

Capitán: La cosa es más oscura de lo que pensé. Iré al sur, al valle de Iacím, a la ciudad. Cuide sus espaldas. Zark.

Guardó el pergamino en su túnica, y dándole las gracias al mesonero, salió de nuevo a la taberna. Fue a una esquina cercana a una ventana. Sacó el mapa que había traído, el cual mostraba la isla, y lo examinó bien.

El valle de Iacím no estaba tan lejos. Un poquito más de una legua de distancia, hacia el suroeste, a las faldas del volcán.

Sin tiempo que perder, rellenó su odre, compró pan, carne seca y una rebanada de queso curado para el camino, y emprendió la marcha.

5. EL LUGARTENIENTE

ERA UNA ISLA extrañamente pintoresca.

Al ser volcánica, la tierra era negra, llena de piedras, y con una flora escasa aunque interesante: por aquí y por allá salpicaban flores de colores vibrantes, que hacían contraste con el desierto negro.

Al salir del pueblo, anduvo por una vereda que serpenteaba alrededor de grandes rocas, viendo pocas casas en el camino. Atravesó pueblos pequeños, uno que constaba de apenas cuatro casas en tan mal estado, que se preguntó si alguien vivía dentro.

Delante de él, como poderoso gigante, el volcán, con un hilillo de humo que subía en espiral hacia el cielo nublado del que caía todavía una ligera llovizna que, si bien apenas se sentía, iba dejando su capote bien mojado.

El camino fue ascendiendo una colina pedregosa, en donde la neblina se cerró. Por un momento solo veía unos cuatro pasos al frente.

De repente se detuvo. Pensó escuchar como si alguien lo siguiera.

Se quedó allí, esperando, con la mano en el pomo de la espada, pero ya no escuchó nada.

Decidió continuar, pero alerta.

«Cuide sus espaldas», le había advertido el sargento Zark.

Siguió ascendiendo hasta llegar a una meseta, por la que anduvo unos cien pasos y, de repente, casi de golpe, la neblina cesó y vislumbró el valle.

—Vaya —dijo.

A las faldas del volcán estaba la ciudad de Urazka. De acuerdo al mapa, la única ciudad en la isla, pues el resto eran pueblos y aldeas.

Comparada con Tresden, apenas se podría llamar una ciudad. Sin embargo, si la comparación fuera con otras ciudades del reino, era

de buen tamaño.

Las casas de tejas negras de dos aguas se extendían hasta perderse en una zona boscosa hacia el sureste. Un río atravesaba la ciudad. Desde esa perspectiva veía varias plazas, incluyendo la principal, con un templo mayor.

Lamentablemente el sargento no le dijo exactamente dónde encontrarlo, por lo que tendría que buscar. El primer lugar sería la comisaría. Había sido precisamente un lugarteniente quien les envió un mensaje de auxilio al cuartel de los sabuesos. Encontrarlo y hablar con él sería crucial.

Estaba por descender por el camino cuando escuchó los cascos de un caballo acercándose. Efectivamente, momentos después, apareció un hombre sobre el pescante de un carromato.

Se detuvo al ver a Arjen.

—Que Eluvá te sea propicio, amigo. Te puedo llevar a la ciudad, si lo deseas.

—Muchas gracias —respondió el capitán.

—¿Para dónde va, forastero? —Era un hombre de barba blanca que iba vestido con una túnica sencilla, incluyendo un sombrero de paja. El carromato era de dos ruedas, y en la parte de atrás llevaba paja y leña.

—Busco llegar a la comisaría del barrio de las Cenizas.

El hombre asintió:

—No está tan lejos de donde voy. Puedo dejarlo cerca. Súbase, pues.

Eso hizo, y descendieron. El hombre resultó ser muy hablador, pero no le preguntó quién era o de dónde venía. Más bien habló sobre el clima, sobre la yegua que era su compañera desde hacía cinco años, de sus siete hijos y dos nietos, y de la importancia de desayunar bien para tener un gran día.

No era una ciudad amurallada. La entrada principal era un gran arco que, en la punta, tenía el símbolo del Gran Creador: la silueta del sol, un ojo en medio, y cinco rayos que representaban los cinco espíritus de Eluvá.

—¿Alguna buena taberna por aquí?

—Hay una cerca de la comisaría. Lo puedo dejar justo allí. Casi no me desvíó.

Le dio las gracias y pronto llegaron. Arjen intentó darle una moneda al hombre, pero este se negó.

Por lo menos hay algunos pueblerinos amables, se dijo.

Entró a la taberna donde pidió aguamiel y un pan con tocino. Al salir de allí, caminó hacia la comisaría.

Era un edificio rectangular, de madera, de un solo piso y no muy grande. Afuera, reclinado en una silla, un lugarteniente. El uniforme era de un gris casi negro. El soldado no llevaba yelmo puesto ni espada al cinto, sino una daga, además de una lanza recargada cerca de él.

—Que el Gran Creador esté contigo —le dijo el capitán.

El hombre levantó las cejas, sorprendido de que le dirigiera la palabra. Lo miró de arriba abajo, con ojos ligeramente cerrados, poniendo especial atención a la espada. Respondió:

—Y contigo.

—Quisiera hablar con el comisario.

Con el ceño fruncido, dijo:

—¿Y quién le busca?

—El capitán Arjen Dabidji de los sabuesos del rey.

La expresión del soldado cambió. Los ojos se abrieron, se puso de pie y en posición de firmes.

—Eh, capitán, una disculpa. Avisaré al comisario.

Arjen alcanzó a escuchar el cuchicheo adentro, sin distinguir la conversación. El soldado salió y le indicó que podía entrar.

El comisario era un hombre como de la edad de Arjen, una barba roja que le llegaba al pecho, bien cuidada y con un parche blanco justo en la barbilla. Era fornido, bien parecido, en el brazo izquierdo le surcaba una cicatriz desde el codo hasta la muñeca.

Estaba sentado detrás de un escritorio desordenado. Además del lugarteniente que lo recibió, otros tres soldados se encontraban dentro. Dos de ellos, de pie como resguardando una puerta, y otro sentado en una esquina.

—Bienvenido a la isla, capitán... ¿Dabidji?

—Para servirle, comisario.

—Mi nombre es Normán. Comisario de este barrio. ¿En qué le puedo servir?

—Vengo buscando a un compañero mío. Sargento de la Honorable Compañía.

—No lo he visto —respondió Normán; en la opinión de Arjen, respondió demasiado rápido. Además, le pareció notar que el soldado sentado en la esquina se movió de manera incómoda.

—¿No? Me dijo que estaría por aquí.

—¿Aquí, en la comisaría?

—Aquí en la ciudad.

El comisario sonrió:

—La ciudad es grande, mi estimado capitán. ¿De dónde viene usted?

—Tresden.

—No tan grande como Tresden, eso sin duda. Estuve allí hace muchos años. Esa no es una ciudad. Es una monstruosidad. ¡Imagínense que está dividida por condados! —dijo mirando a sus hombres—. Así de grande es.

—Entonces, el sargento no ha pasado por aquí.

—No por aquí, capitán. Pero si gusta, uno de mis lugartenientes puede acompañarlo por la ciudad mientras pregunta.

—No será necesario.

—Permítame insistir. No es una ciudad peligrosa, pero hay algunas calles que merece la pena evitar. Ya sabe, un forastero como usted podría entrar y ser visto como una amenaza.

—Gracias por su preocupación, comisario. Por cierto, hay una persona más que estoy buscando.

—¿Sí? ¿Otro sabueso?

—No. Más bien un lugarteniente. Y por lo que tengo entendido, de esta comisaría.

Pareció como si el aire fuera succionado del lugar, porque los soldados dejaron de respirar.

Solamente el comisario permaneció como si nada pasara. Volvió a levantar las cejas y preguntó:

—¿Quién podría ser?

—Su nombre es Vulán hijo de Vulán.

Nadie respondió.

—¿Lo han visto? —insistió.

El comisario se encogió de hombros y respiró profundo. Sacudió la cabeza, con una expresión de tristeza, y dijo:

—Siento informarle, mi estimado capitán de los sabuesos, que el lugarteniente Vulán fue encontrado muerto el día de ayer.

6. EL PADRE Y EL CUERPO

—¿MUERTO, DICE?

—Exactamente así, capitán. Lo encontramos muerto.

—¿Dónde?

—Lo acuchillaron en un callejón, no muy lejos de aquí.

—¿Tenía enemigos?

Normán se encogió de hombros:

—Ser representante de la ley es peligroso en cualquier ciudad, como lo sabe bien.

—Lo sé bastante bien. ¿Quién lo encontró?

—Lo encontró Karg. Dile, Karg. —El comisario apuntó con la cabeza a uno de los soldados que estaba de pie. Era un hombre de piel oscura que miraba al capitán como uno que mide, subrepticamente, a su enemigo.

El soldado aludido se lamió los labios partidos y, con los ojos brillando, dijo:

—Lo acuchillaron como a un puerco.

Arjen se preguntó sobre la seguridad del sargento Zark. Algo le decía que el comisario y sus hombres ocultaban algo. Esperaba que no fueran los responsables de la muerte de Vulán. O de que no encontrara a Zark.

—¿Dónde está el cuerpo?

Normán hacía lo posible para que su rostro no traicionara su incomodidad con la pregunta.

—Seguramente ya lo enterraron —dijo.

—¿Dónde?

—El templo de la Gracia Divina.

Arjen desdobló el mapa de la ciudad que traía consigo, uno bastante detallado, y lo puso en la mesa frente al comisario.

—¿Dónde? —volvió a preguntar.

—Aquí —dijo, apuntando con el dedo un lugar que no estaría muy lejos.

Guardando el mapa, dijo:

—Gracias.

—Si necesita algo más, capitán, por favor déjenos saber. No es común tener sabuesos por aquí.

—Me imagino que me dirá que nuestra presencia no es necesaria. Que tienen todo bajo control.

Normán soltó una risilla:

—Era exactamente lo que iba a decir. Además de sabueso, ¿es profeta?

El capitán negó con la cabeza:

—No. Simplemente todos dicen eso.

—::—

Mientras se alejaba de la comisaría se aseguró de mirar por encima del hombro con frecuencia.

Si fueron ellos los que acuchillaron a su propio lugarteniente, debo andar con precaución. Estoy solo, y ellos son cinco.

Y ese Karg tenía cara de asesino.

De los que acuchillan por la espalda.

Ya era casi mediodía, el cielo seguía nublado, la llovizna ligera persistía.

Anduvo por calles estrechas, lodosas y retorcidas. Pronto vio, por encima de las tejas, el campanario de un templo menor.

Era un santuario pequeño, construido de piedra por donde trepaban enredaderas. El terreno lo delimitaba un muro que llegaba a la cintura, y detrás del templo, el cementerio. Alcanzó a ver al sacerdote que, con pala en mano, preparaba un agujero en la tierra.

—Que Eluvá le bendiga, padre.

El hombre levantó la mirada. Un anciano calvo, de barba gris y ojos cansados. Sudor le descendía por la frente y cuello.

—Te bendigo en el nombre del Gran Creador —respondió el sacerdote.

Arjen se acercó.

—Lo encuentro ocupado, por lo que veo.

—Algo —respondió—. Pero ya casi termino.

—¿No hay santos siervos que le ayuden?

El padre sonrió y sacudió la cabeza:

—Esta es una parroquia muy pequeña. Solo hay un santo siervo, pero es un chiquillo que trabaja con su padre, así que me ayuda en el oficio de adoración, y en los festivales.

—Entiendo. —Apuntó a la tierra—. Por lo que veo, habrá un funeral pronto.

—Solo un entierro. Ya he rezado por su alma. Pero nadie más vendrá.

—¿Puedo preguntar de quién se trata?

El padre se recargó sobre la pala, como si fuera un bastón.

—Un soldado. Lugarteniente del barrio.

—¿Vulán hijo de Vulcan?

—El mismo —respondió el sacerdote, sorprendido—. ¿Se puede saber la razón por la que un forastero está interesado en un soldado muerto que ni su familia vino a visitar?

—Mi nombre es Arjen de la familia Dabidji. Soy capitán de la Honorable Compañía de la Justicia del Rey.

—¡Vaya! ¿Un sabueso? Nunca me había encontrado con uno. Bienvenido a la isla del fuego, capitán. Esta isla no ha sido olvidada por Eluvá. Más bien, nosotros nos olvidamos de él.

—¿Me permitiría ver el cuerpo antes de enterrarlo?

—Está bien, hijo. Mi nombre es Ur. —El sacerdote enterró la pala en el suelo y agregó—: Sígueme.

Entraron al templo por una puerta lateral cercana al cementerio. Era un cuarto pequeño, con una mesa de piedra en medio, rectangular. Encima estaba el cuerpo de Vulán, desnudo excepto por un pañuelo que le cubría sus partes nobles.

—Así vinieron a entregármelo —dijo el padre Ur.

—¿El comisario?

—No. Ese canalla ni siquiera se dignó a venir él mismo. Mandó a uno de sus compinches.

—¿Karg?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Lo acabo de conocer. No me dio buena espina.

—Ninguno de ellos. Son un montón de canallas.

El capitán examinó el cuerpo de cerca. Vulán había sido un hombre joven, le calculaba cerca de veinte años. El cabello rojizo, la piel blanca y pecosa. Era delgado, pero con músculos definidos. Una cicatriz le marcaba la costilla izquierda, y tenía otra en el muslo de la pierna derecha.

Además, cinco cuchilladas en la espalda baja.

—Lo mataron como cobardes —dijo el sacerdote—. Por la espalda.

—¿Quién lo pudo haber matado?

—Eso no lo sé. Pero algo sí puedo decirle, capitán. De todos los hombres del comisario, él era el único redimible. Era el que venía al culto de veneración. No siempre, pero por lo menos unas dos veces al mes, aquí estaba.

—¿Cree que el comisario o alguno de sus hombres pudiera ser responsable?

Al principio el sacerdote no respondió. Se quedó mirando el cuerpo.

—Eso es algo peligroso de responder, capitán. Normán y sus hombres representan la ley.

—Los sacerdotes no son juzgados sino por la ley canónica.

—Sí, pero igual podemos morir acuchillados por la espalda.

—¿Quién se atrevería a hacer semejante blasfemia?

—¿En una isla que ha abandonado a Dios? Puedo pensar en varios candidatos.

—¿Y por qué lo matarían? A Vulán.

—Quizás por hablar lo que nadie quiere decir.

El capitán miró al sacerdote, con una mirada inquisitiva.

—Imagino que es la razón por la que usted está aquí, ¿no? —continuó el padre Ur.

—¿A qué se refiere?

—Al castigo de Dios sobre nosotros.

—¿A los niños desaparecidos?

El sacerdote asintió con la cabeza. Agregó:

—Los gobernantes intentan distraer al pueblo. Aseguran que nada está sucediendo. Que los niños se han perdido en el bosque. Que alguna mala bestia los ha devorado.

—¿Y usted? ¿Usted qué piensa? ¿Que fue el Gran Espíritu?

—No. Ese es un dios falso.

—¿Entonces? ¿Un castigo de Eluvá?

—No exactamente, capitán.

—Pero usted dijo que era un castigo de Dios.

—Sí. La mano de Eluvá es soberana sobre todo, y él permite toda situación, sea buena o sea mala. Pero no es él ni autor del mal, ni en el mal se deleita.

Arjen asintió, pensativo.

—Sin embargo, capitán, de algo estoy seguro. Hay un gran mal detrás de todo esto. Yo mantendría los ojos puestos en el comisario. Algo se trae. Algo oculto. Pero todo saldrá a la luz, eventualmente. «Los ojos de Eluvá miran en todo lugar, y traerán a la luz toda obra, sea buena, o sea mala».

7. EN LA CAVERNA

NO SE MARCHARÍA sin antes ayudar con el entierro. El padre tenía pensado poner el cuerpo en una carretilla, para después lanzarlo al agujero. El capitán le ayudó a colocarlo tanto en la carretilla como a bajar el cadáver a su última morada.

—Yo echaré la tierra, padre.

—Puedo hacerlo, hijo. Es parte de mi labor. Lo he hecho muchas veces.

—Yo le ayudaré —insistió, y eso hizo.

Con la tierra puesta, el padre Ur elevó una oración por el viaje eterno del hombre caído.

—Sabe —dijo el sacerdote rascándose la cabeza, justo antes de que Arjen se retirara—. Ahora que lo recuerdo, la última vez que vi a Vulán, fue en confesión de transgresión.

—¿Y qué dijo?

—Eh, no puedo dar detalles.

—¿Incluso si ya ha fallecido?

—Incluso así. Sin embargo, no tengo mucho que decir. Su confesión fue genérica, pero recuerdo que pensaba buscar ayuda con un pecado con el que estaba lidiando.

—¿Especificó qué tipo de ayuda?

El sacerdote sacudió la cabeza:

—No.

—Fue él quien nos contactó. Quizás a eso se refería.

—¿Les envió una carta?

—Sí, pidiendo ayuda. Dijo que en la isla estaban desapareciendo niños. Y no solo eso, que los estaban sacrificando, haciéndolos pasar por fuego.

—Por Eluvá —dijo Ur, e hizo la señal de la veneración.

—En la guerra, Vulán fue cabo bajo el que es ahora nuestro comandante. Fue por esa relación que nos enviaron para acá, a investigar. Nuestro comandante siempre fue un líder cercano a sus hombres.

—Dijo «nos enviaron».

—Sí, primero vino el sargento Zark. Pero no lo encuentro.

—¿Está perdido?

—No sé si perdido. Pero no lo he hallado.

El sacerdote se quedó pensando:

—Sabe, la comisaría tiene una cárcel.

Santos Profetas, pensó Arjen. ¿Cómo no lo había considerado? ¿Y si tienen allí al sargento, encerrado?

—Investigaré.

—Pero tenga cuidado. Como le dije, Normán es un canalla.

—¿Qué puede decirme sobre eso de pasar a niños por fuego?

—Una práctica pagana. Sí, era lo que hacían los adoradores de Azkharel. Lanzaban a niños al fuego, en el volcán.

—¿Cree que el culto a Azkharel ha regresado?

—Puede ser. Siempre ha habido rumores.

—Si tuviera que buscar, ¿adónde me debería dirigir? ¿Algún lugar que en el pasado fuera usado para rituales?

El sacerdote miró hacia el volcán, y apuntó:

—¿Ve allí esa enorme cueva?

—Sí.

Era un agujero sobre una colina a las faldas del volcán.

—Se dice que allí se llevaron a cabo los sacrificios humanos — dijo el sacerdote—. En siglos pasados, por supuesto.

—Iré a dar un vistazo.

Me pregunto si Zark hizo lo mismo, pensó.

—Existe una vereda antigua que puede usar. Hay personas que siguen subiendo, debido a que en la cueva se se hallan hongos medicinales.

—Bien. —Le extendió la mano al sacerdote—: Ha sido un gusto conocerle, padre Ur.

—Que Eluvá ilumine tu camino, y que seas instrumento en su mano para traer justicia.

La vereda hacia la caverna no era muy empinada, y le tomó menos de una hora llegar.

Era grande. Una apertura de piedra, y tan cuadrada que parecía haber sido hecha por manos humanas. Sin embargo, al acercarse más, se dio cuenta de que no era así. Era una gruta natural.

La entrada era una plataforma de unos treinta pasos de longitud, desde donde veía la ciudad abajo, aunque algunas partes estaban cubiertas por la niebla y solo asomaban edificios altos y templos.

A excepción de él, el lugar estaba vacío.

Un par de cosas le llamaron la atención.

La primera, que en la pared derecha había una inscripción en letras muy grandes, cada una de la misma altura que dos personas una sobre otra. La inscripción estaba en dos idiomas, el primero seguramente alguna lengua local, y el segundo, en erkandés, decía: «La puerta al infierno».

La segunda cosa estaba relacionada con la primera, pues si esta era la puerta al infierno, así se sentía un poco. Olía a azufre, y de las profundidades oscuras de esa garganta emanaba un calor ligero, pero notable. Esta gruta, indudablemente, era un respiradero del gigante de fuego.

Traía consigo una vela, pedernal y yesca, pero no estaba seguro de si le serviría de mucho en un túnel tan grande. Sin embargo, al avanzar unos pasos en dirección de la pared, se percató de que había una antorcha apagada sujeta a la piedra por un empotre de hierro.

Por suerte, diseño o providencia, la antorcha tenía tela engrasada. La encendió.

La luz le mostró con mayor precisión las dimensiones del túnel. Caminó hacia adentro, sintiendo que el calor iba incrementando mientras más avanzaba.

El túnel se fue haciendo más angosto, y el olor a huevo podrido se tornó en uno casi insoportable, de manera que continuó usando la capa como máscara.

Más adelante, una luz anaranjada.

Caminó unos treinta pasos más, y llegó a una cámara muy caliente que lo dejó horrorizado, pues las paredes estaban tapizadas de cráneos humanos.

8. LA HERMANDAD

SIETE PROFETAS, MUSITÓ, mirando a su alrededor.

La caverna era más o menos circular, y los cráneos no solo recubrían las paredes, sino el techo también. Algunos eran humanos, y otros de diversos animales.

En el centro del salón estaba el objeto de donde emanaba tanto la luz anaranjada como el calor. Era una noria, de construcción circular y cuya altura era como a la cintura de un humano. Al igual que las paredes, estaba tapizada de cráneos y huesos.

El calor era intenso, al igual que el olor a azufre. Arjen se acercó, y con cada paso le brotaba el sudor por el cuerpo entero, además de un tintineo en la piel.

Se asomó por la noria, y abajo vio lo que esperaba: un río de lava.

Así que aquí lanzaban los sacrificios humanos o animales.

Le dio un escalofrío al pensar en ello.

Se imaginó los gritos de las víctimas, probablemente opacados parcialmente por los cantos rituales de los asesinos.

Arjen ya se había enfrentado antes a una situación similar a esta, en la Universidad Real de Tresden, hace no mucho tiempo. Sacudió la cabeza, cansado de tener que volver a encontrarse con gente trastornada.

Aunque, ahora que lo pensaba bien, no estaba tan seguro de que esto fuera significativamente diferente al horror de la guerra. La muerte, la tortura, el deseo de venganza, lo que un humano podía llegar a hacerle a otro humano por ira.

Detrás de él, un sonido, apenas audible.

El capitán de los sabuesos se dio la vuelta rápidamente, al mismo tiempo que desenvainaba su espada.

Frente a él, tres hombres, como a siete pasos de distancia.

Sintió el golpetear de la sangre en su sien, sus sentidos alerta. Echó una mirada rápida a su alrededor para confirmar que no hubiera más enemigos escondidos en la mancha oscura a su alrededor.

Pero no, eran esos tres. Los únicos que veía.

El que iba en medio, un hombre de barba negra y cabello que le llegaba a los hombros, traía espada al cinto, envainada. Tendría unos treinta, piel del color de la arena, ojos solemnes y el semblante sereno. Su túnica era sin mangas, y mostraba unos brazos con músculos bien delineados.

Lo flanqueaban dos que sí empuñaban espadas, aunque con la punta hacia el suelo.

—¿Y vosotros quién demonios sois?

El de en medio respondió:

—Precisamente eso venimos a preguntarte, forastero. ¿Quién eres?

El capitán sacó el medallón plateado que lo identificaba como sabueso:

—Soy el capitán Arjen Dabidji, de la Honorable Compañía de la Justicia del Rey.

Los dos hombres armados miraron al de en medio, quien era claramente su líder.

—¿Qué haces aquí, Arjen Dabidji, tan lejos de la gran ciudad del mundo?

—He sido enviado por mi comandante.

—¿Para qué?

—Los detalles de mi misión son míos, y solo los comparto con quien yo quiera.

El hombre sonrió y asintió con la cabeza:

—Entiendo.

—¿Se puede saber a quién me dirijo, y por qué me han seguido hasta aquí? Si es para matarme —dijo Arjen, mirándolos fijamente—, prefiero que nos pongamos a ello de una vez.

—No es a matarte, capitán sabueso. Mi nombre es Joán Aldani. Te hemos venido siguiendo desde que llegaste.

—¿Fueron vosotros los que intentaron entrar en mi habitación, en el puerto?

Joán asintió:

—Uno de los nuestros.

—¿Y por qué?

—Porque queríamos saber quién eres.

—Pudisteis haberme preguntado. Como veis, habría sido más sencillo.

—Quizás. O quizás nos has mentido. Nunca he visto de cerca el medallón de un sabueso del rey. No podría notar la diferencia entre uno verdadero y uno falso. Incluso tu uniforme. Cualquiera podría hacer una túnica similar.

—¿Quién querría falsificar su identidad como sabueso?

—Estos son los últimos tiempos, capitán, antes del juicio final. Dice la profecía: «En los postreros días vendrán tiempos oscuros. El hermano matará a su hermano, el injusto se vestirá de justicia, y la maldad sobreabundará en los hijos de los hombres».

—*El libro de la confianza suprema*, primera profecía —dijo Arjen.

Joán levantó las cejas:

—¿Eres hombre devoto, capitán?

—Algo.

—No es común encontrar, en este reino envilecido, a personas que hayan leído *Los siete libros*. Mucho menos en el ejército.

—Me parece fascinante la conversación, Joán Aldani. Pero hacerlo con dos personas que empuñan espada y miran cada movimiento que hago como panteras, me pone nervioso.

El hombre lo examinó en silencio por un momento. Luego dijo:

—Guardad las armas.

—A la orden, comandante —dijeron ambos inmediatamente, y envainaron acero.

Arjen los imitó, aunque con la mano lista.

—Se me está quemando la espalda, señores —les dijo—. ¿Les parece si continuamos la conversación en otro lugar?

—Está bien —dijo Joán, a quien habían llamado «comandante»—. Iremos delante de ti, como señal de buena fe.

—Caminaré diez pasos detrás de vosotros para no ponerlos nerviosos.

—De acuerdo.

Los tres hombres se dieron la media vuelta y caminaron de regreso por el túnel sin mirar por encima de su hombro ni una sola vez.

Arjen temía que cuando llegaran a la entrada de la caverna encontraría allí a más armados. Si era así, estaría en aprietos, o por lo menos a la misericordia de ellos.

Pero no fue así. Solo los tres.

—Como señal de buena voluntad —dijo Joán—, y por el respeto que tengo por lo que he escuchado de la Honorable Compañía, le diré esto: somos la Santa Hermandad de la Verdad, hombres devotos a la Santa Fe profética, servidores del Gran Creador, Eluvá de los ejércitos celestiales.

Aunque en siglos pasados las cofradías de hombres y mujeres devotos habían abundado en el reino, ya no eran tan comunes, si bien seguían existiendo y tenían influencia considerable en la gente. Las cofradía religiosa más poderosa eran las Hermanas del Ojo Sagrado, y la segunda, se decía, era la Santa Hermandad de la Verdad, cuyo templo mayor estaba en Tresden. Eran hombres religiosos, guerreros, y muy celosos de la Santa Fe Profética. Se dedicaban a purificar los territorios del reino de todo vestigio de paganismo e incredulidad.

Aunque ya no tenían los mismos números que en el pasado, llegaron a ser un ejército significativo de monjes guerreros, con territorios y propiedades, además de muchas monedas en sus arcas.

—Pues bien —dijo el capitán Arjen—. Como ya les dije, soy servidor de la justicia del rey.

—El rey se ha olvidado de nosotros por años. ¿Y ahora le interesamos? ¿De repente manda a dos sabuesos para husmear nuestras calles?

—¿Dos sabuesos? —dijo el capitán.

—A menos que el otro fuera un impostor.

—¿Dónde está el otro?

—¿Qué? —respondió Joán—, ¿no lo sabes?

El corazón del capitán se aceleró.

9. PLAN DE RESCATE

—NO —RESPONDIÓ EL capitán—. Lo he estado buscando desde que llegué, sin éxito.

El comandante de la hermandad se quedó pensativo, como decidiendo si lo que escuchaba era verdad o no.

—Ya veo —dijo. Y agregó—: Desde que llegó a la isla lo estuvimos vigilando. No nos acercamos a él directamente como lo hemos hecho contigo. Solo queríamos vigilar. Ver. Recopilar información. Sin embargo, hace unos tres días, desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Le perdimos el rastro, capitán.

—¿En dónde?

—Mi sospecha es que el sargento se percató de que lo seguíamos. Desde que llegó, se hospedaba en diferentes lugares. Una noche se hospedó en el mesón La Rosa Náutica. Sin embargo, nunca salió de allí. Cuando fuimos a revisar su cuarto, estaba vacío. Evidentemente se escabulló en la noche. Desde entonces, no lo hemos visto.

Arjen maldijo para sus adentros. Imposible saber si le decían la verdad. Quizás ellos mismos lo habían asesinado, o lo tenían preso. Sin embargo, pensaba que si fuera así, ya habrían atentado contra él, contra Arjen.

—¿Dónde cree que podría estar? —dijo el capitán. No perdía nada con preguntar.

—Si tuviera que apostar, capitán sabueso, diría que está apresado en la comisaría de las Cenizas.

—¿Con el comisario Normán?

—Así es, capitán. Ya lo conoces, ¿eh?

—Desafortunadamente. ¿Y por qué allí?

—Porque nosotros no somos los únicos que estaban siguiendo a tu sargento. El comisario tenía a uno de sus hombres tras su pista.

—¿Karg?

El comandante Joán Aldani sonrió:

—Precisamente, capitán sabueso. Vaya. *Sí* eres un sabueso.

—Agradezco la información, hermano comandante.

—¿Qué harás al respecto, capitán?

—Iré por él.

—¿Tú solo?

Arjen asintió.

—El comisario tiene cuatro o cinco hombres consigo —respondió Aldani—. Duermen tres en la comisaría, pero algunas noches, más. No podrás tú solo.

—Ya me las arreglaré. Lo he hecho antes.

—Necesitarás ayuda.

Arjen Dabidji se limpió de la frente el sudor. Aunque estaban ahora en la entrada de la caverna, y corría un viento fresco, seguía estando caliente. Además, llevaba puesto el manto por encima de su túnica.

Los tres hombres que tenía enfrente sin duda eran espadachines. Habrían peleado en la Gran Guerra. Además, al ser miembros de la Hermandad, significaba que eran monjes guerreros. La Santa Hermandad de la Verdad, como la gran mayoría de las cofradías devotas, tenía comandantes provinciales con soldados a sus órdenes, todos bajo un juramento de lealtad al gran maestro del templo mayor.

Tenerlos a ellos de su lado sería de tremenda ayuda. Pero ¿qué pedirían a cambio?

Así que les preguntó:

—¿Estáis dispuestos a ayudarme?

—Posiblemente.

—¿A cambio de qué? No tengo plata.

—Plata y oro no buscamos, capitán. En el reino eterno seremos ricos.

—¿Entonces?

—Pedimos algo muy sencillo. Le ayudaremos a encontrar a su sargento. Habiéndolo hecho, os vais.

—¿Irnos? ¿De la ciudad?

—De la isla.

—No puedo irme sin cumplir la misión.

—¿Cuál misión, capitán?

—Sabes bien la razón por la que estoy aquí.

El hermano comandante Aldani respiró hondo.

—Tienes razón —dijo—. Lo sé.

—Por lo tanto —continuó el capitán—, no puedo irme de aquí sin encontrar a los niños perdidos, o a quienquiera que esté detrás de su desaparición.

—Nosotros lo resolveremos. Encontraremos a los paganos que siembran terror entre los fieles. Los encontraremos, capitán, y los destruiremos a filo de espada.

—Bien por vosotros. Sin embargo, no puedo irme así nada más. Yo también, hermano comandante, soy un hombre bajo autoridad. Y no puedo desobedecer mis órdenes.

El semblante de Joán Aldani se suavizó, aunque apenas un poco. Los ojos le brillaron, y sus labios mostraron un atisbo de sonrisa:

—Está bien, capitán Dabidji. La Hermandad no es enemiga de Compañía. Estamos dispuestos a prestarte ayuda. Pero después de eso, seguiremos nuestros caminos por separado.

—Me parece bien.

—Solo una cosa. Aunque los dos queremos encontrar al culpable, lo hacemos por razones muy distintas.

—Yo, por justicia del rey. Vosotros, por lealtad a Eluvá.

—Es exactamente así —contestó Aldani—. Esta es nuestra isla. No nos estorbes.

—Con todo el respeto que te mereces, hermano comandante, en algo te equivocas —dijo Arjen—. Esta isla no es de vosotros. Esta es la isla del rey. Y yo lo represento. Yo soy su justicia. Yo soy su brazo fuerte. Los únicos que pueden estorbar aquí sois vosotros.

Los dos hombres que flanqueaban al hermano comandante se tensaron, pero Joán Aldani sonrió.

—Eres hombre valiente, Arjen Dabidji. Ya veo que los cinco espíritus de Eluvá son fuertes en ti. Vayamos a la ciudad, comamos algo, y al caer la noche rescataremos a tu sargento.

—::—

Aunque Arjen quería ir en rescate de Zark inmediatamente, sería un error estratégico.

En ese momento era como la hora décima desde el amanecer, y aunque seguía estando nublado, lo mejor era esperar a la noche.

Pensó que comerían en alguna taberna, pero en lugar de eso se dirigieron al cuartel de la Hermandad, con su muralla exterior, patio interno, templo pequeño y varios edificios de piedra, de tamaño mediano.

En el refectorio había espacio como para unas treinta personas, pero solo comieron, además de él, un total de siete hombres. Se preguntó si eran todos, pero prefirió no hacer la pregunta.

Si tuviera que adivinar, eran máximo doce monjes. Pero en años pasados, este lugar estaría completamente lleno. Incluso al inicio de la Gran Guerra. Pero muchos murieron durante ese tiempo, y no todos los caídos fueron reemplazados por nuevos reclutas. De todas maneras, la casona estaba bien cuidada y no mostraba muchas señales de deterioro. El comandante Aldani seguramente era un hombre metódico, le gustaban las cosas en su lugar.

La comida sucedió en relativo silencio. Un potaje de lentejas, un poco de pan duro, media rebanada de queso, y cerveza rebajada.

Habiendo terminado de comer, aún a la mesa, Joán Aldani le pidió a uno de sus hombres, llamado Lerjen, que trajera el mapa de la comisaría.

Poco tiempo después examinaban el pergamino sobre la mesa.

—La comisaría es una pequeña fortaleza —dijo Aldani—. Además de la puerta principal, en la cual siempre hay una persona en guardia, hay otra puerta lateral, aquí. —Apuntó—. Sin embargo, es una puerta pequeña y bien reforzada. Tendrá doble barrera, así que no podremos tumbarla.

—Habrá que asaltar por el frente, entonces —dijo el capitán.

—Sí. Pero tenemos que ser muy precisos, porque por la noche atrancan también la puerta principal.

—En el cambio de guardia, entonces.

—Exactamente, capitán. Al final de la segunda vigilia.

—Bien.

—Cuando cambie el turno, descenderemos sobre ellos.

—¿Cuántos hombres llevaremos?

—Cinco de nosotros serán suficientes, contándolo a usted. De lo contrario, llamaremos la atención de la guardia o de algún fisgón.

—De acuerdo.

—De preferencia, no derramemos sangre —dijo el comandante—. No somos viles asesinos, y no sabemos con toda seguridad que el sargento esté allí preso. Además, si los matamos, eso causará una conmoción en la ciudad. El alcalde ya de por sí nos odia, y no quiero que ponga sus ojos sobre nosotros, si puedo evitarlo.

—Entiendo —respondió Arjen. Eso, por supuesto, suponía un reto considerable. Rescatar al sargento sin poder enterrarle un palmo de acero a esos malditos...

—Nosotros iremos con otras túnicas y enmascarados —dijo Aldani—. Lo que haremos es completamente ilegal, lo sabe usted bien. Si el alcalde se entera, podría intentar ahorcarnos.

—Que no se entere, pues.

—Que no se entere —afirmó el hermano comandante.

10. AMIGO

CON MUCHO CUIDADO de no ser vistos, se acercaron a la comisaría hacia el final de la segunda vigilia, es decir, la medianoche.

El comandante Aldani envió previamente como espía a Lerjen, su sargento en armas. Al llegar al lugar acordado de encuentro, como a unas tres manzanas de la comisaría, ya los esperaba allí el espía.

—¿Qué noticias? —le preguntó Aldani.

—Hay cuatro adentro, mi comandante —respondió Lerjen.

—¿Bien seguro?

—Bien seguro.

—Cinco contra cuatro —dijo Arjen. *Las probabilidades están a nuestro favor. Pero no debemos confiarnos.*

Se acercaron, andando cerca de las paredes y debajo de los tejados, para ocultarse.

La noche era fría, nublada, pero no llovía.

Arjen sentía el tintineo en su piel de la expectativa. Se había jugado la vida muchas veces, en situaciones diversas y en algunas mucho más peligrosas que esta, pero el sentimiento era inevitable. El corazón acelerado, los sentidos agudos, la boca reseca.

Llegaron a una esquina y se asomaron tanto el capitán Dabidji como el comandante Aldani.

Un hombre vigilaba la puerta. A diferencia de la última vez que Arjen estuvo allí, el soldado estaba de pie, traía puesto un peto de cuero duro, yelmo en la cabeza y lanza en mano.

Andan precavidos.

Joán Aldani y sus tres hombres iban vestidos de negro y traían puesto también un peto de cuero. Le habían ofrecido uno al capitán, pero no lo aceptó. Prefería tener mejor movilidad.

Desde donde estaban escondidos, la comisaría les quedaba como a un tiro de piedra, rumbo al norte. Habiendo examinado

previamente el mapa, acordaron que la mejor ruta de aproximación era ir por una callecita hacia el este, cruzar una calle principal con mucho cuidado de no ser vistos, rodear unas casas, doblar a la izquierda y luego de nuevo a la izquierda, hacia el sur. De esa manera, se acercarían a la puerta principal por una de las esquinas, evitando ser vistos por el vigía, si todo salía bien.

Eso hicieron. El punto de mayor riesgo de visibilidad era al cruzar la calle principal, pues estaba en la línea de vista del guardia. Pero debido a la oscuridad, sería difícil descubrirlos.

Llegaron, finalmente, a la esquina más cercana a la puerta de entrada. Aunque el comandante de la hermandad tenía un rango superior en su propia cofradía, al no ser parte formal del ejército, el capitán Arjen era el único oficial. Por lo tanto, decidió ir primero.

Además de ir armados con acero al cinto, cada uno traía un garrote de madera en la mano. Arjen traía el garrote en la derecha y una daga en la izquierda.

Esperaron. Pasó la medianoche. La guardia no cambió.

Maldición, pensó el capitán. Espero que no estemos aquí una vigilia entera. Alguien nos podría ver. Si pasa una guardia de la ciudad, todo se complicará.

Sin embargo, entonces, escucharon la puerta que se abría.

Arjen levantó la mano izquierda en señal de alerta.

El lugarteniente que salió dijo:

—Maldita vigilia, tengo hartos sueños.

Intentando no hacer ruido alguno, Arjen corrió hacia los guardias, con Aldani justo detrás de él.

El guardia que había estado afuera abrió los ojos grandes cuando vio aproximarse a los hombres. Se le desencajó la quijada para gritar, pero le salió un gemido. El segundo hombre se giraba cuando el garrote del capitán de los sabuesos le dio fuerte en el cuello, donde el yelmo no protegía. Se desplomó.

—Malditos perr... —alcanzó a musitar el otro antes de que Joán Aldani lo silenciara con un golpe en el rostro. El hombre gritó, sangre brotando de la nariz rota y, antes de que pudiera decir algo más, lo tomaron y lo metieron a la comisaría. El sargento Lerjen lo sentó en

una silla y le puso una navaja en la garganta, advirtiéndole que el próximo sonido que hiciera sería su último.

El tercero de los guardias había estado dormido en una esquina, sentado; se despertó aterrado y suplicando por su vida. Uno de los soldados de la Hermandad le puso la punta de la espada en el pecho.

—Falta uno —dijo el capitán Arjen.

De repente oyeron una blasfemia y de junto a un armario grande salió Karg, que había estado allí oculto en las sombras.

Dio tres zancadas y le clavó la espada por la espalda a Lerjen, que tenía más cerca. La punta metálica le salió por las tripas, ensangrentada, y desapareció mientras que el sargento gritaba y se llevaba una mano a la herida. El lugarteniente de la nariz rota, que Lerjen había estado custodiando, al percatarse de que su captor estaba terriblemente herido, sacó una navaja de quién sabe dónde y se la clavó en el pecho al pobre sargento que, trastabillando hacia atrás, se desplomó.

—¡Que no huya! —gritó Arjen al ver que Karg tenía esa intención, pero el hombre era veloz y se escabulló por la puerta.

El de la nariz rota se puso de pie para hacerle compañía a Karg en su huida, pero apenas dio dos pasos y Joán Aldani le reventó el cráneo con un espadazo tan violento que la hoja se quedó atascada en la cabeza del hombre. Cuando cayó al suelo, el comandante de la Hermandad jaló su arma para sacarla de los sesos. Luego fue junto a Lerjen, quien gemía pero seguía con vida.

Arjen se acercó al enemigo que quedaba y le dijo:

—Las llaves de la prisión, o te corto la garganta.

El hombre inmediatamente apuntó al cajón de un escritorio cercano, donde el capitán encontró un aro con llaves.

Sobre el escritorio, una lámpara de aceite, la cual tomó.

Abrió una puerta sin necesidad de llave alguna. Entró en la prisión, con tres celdas pequeñas, de barrotes metálicos. Las primeras dos estaban vacías, pero en la tercera, la última, vio a una persona tirada en el suelo. Estaba amarrado de pies y manos, y amordazado. Pero no le veía el rostro porque miraba hacia la pared.

Abrió el candado en el segundo intento, entró y alumbró el rostro.

—¡Por los Siete Profetas! ¡Sargento! —dijo, asustado, pensando que quizás ya era demasiado tarde.

El sargento primero Zark Sedare abrió los ojos y miró al capitán no con miedo, sino desafío. Entonces lo reconoció y sus ojos se abrieron grandes.

Le quitó la mordaza.

—Te tardaste, capitán —dijo, su voz ronca—. Ya me estaba preocupando.

—Te sacaré de aquí, amigo —le respondió el capitán. Apenas se percató de que esa fue la primera vez en la vida que se había dirigido al sargento con esa designación: «amigo».

Cortó las cuerdas que lo ataban y salieron al cuarto principal. Solo estaba Aldani, que había dejado inconsciente de un golpe al lugarteniente que quedaba.

En el suelo, una mancha de sangre donde había caído Lerjen. Pero ni él ni los otros dos soldados de la Hermandad se veían por ningún lado.

—¿Los demás? —preguntó el capitán.

—Se llevaron al sargento Lerjen. Está herido, pero quizá viva. Salgamos de aquí. Maldito desastre.

Apenas salieron y escucharon pasos apresurados. Frente a ellos, marchando velozmente, una guardia de la ciudad de cinco soldados fuertemente armados, que seguían a Karg.

—¡Allí están! —gritó Karg—. ¡Mátenlos!

—Cada uno por su cuenta, capitán —dijo Aldani al momento que, sin pensarlo dos veces, corría para huir de allí.

11. LA CASONA

CORRIERON COMO GACELAS. La guardia los persiguió, pero no les dio alcance.

El capitán había temido que el sargento Zark no pudiera correr, pero lo hizo sin dificultad, excepto que cuando se detuvieron bajo un árbol para recuperar el aliento, el sargento puso las palmas de las manos sobre las rodillas y respiró con fuerza, como si fuera a desmayarse.

—¿Estás bien, sargento?

Zark dijo que sí con la cabeza, el sudor escurriéndole por el cabello.

Todavía escuchaban a los soldados, que se gritaban instrucciones, las cuales hacían eco por los callejones. Sonaban cerca, pero no demasiado. Habían tomado la dirección equivocada. Difícilmente los encontrarían ya.

—¿Estás bien? —le preguntó de nuevo.

El sargento se irguió, aspiró y expiró con fuerza:

—Sí. Solo... me quedé sin... aire.

—Tranquilo. Recupérate. Los hemos perdido.

Se quedaron allí un momento, de pie. Ambos sudaban profusamente.

—¿Adónde iremos? —preguntó Zark.

—Es un riesgo ir a un mesón. Podrían buscarnos por toda la ciudad.

—¿Salimos a las afueras, entonces?

—Sí, por precaución. Será mejor hacerlo de una vez, no dudo que para mañana podrían vigilar las salidas.

Zark asintió.

Se pusieron en marcha. Un cuarto de hora después, salían de la ciudad en dirección de las faldas del volcán. Encontraron una

formación rocosa que les permitiría dormir con cierto resguardo, además de que al estar en alto, verían si alguien se acercaba.

El capitán sacó un poco de carne seca y nueces que llevaba en uno de los bolsillos de su cinturón de armas. Zark comió de buena gana.

—Lamento no tener mi odre con vino, sargento. Dejé mi alforja en el cuartel de la Hermandad.

—Está bien. Ya me siento mejor. Esos desgraciados me querían matar de hambre.

—¿Me escuchaste cuando estuve allí, en la comisaría?

—Apenas pude escuchar el timbre de su vos, pero yo tenía la boca bien tapada, y esa puerta, aunque la mantenían sin candado, es gruesa.

—Cierto.

—De todas maneras, sabía que era cuestión de tiempo. Tarde o temprano, confiaba en que vendría por mí, capitán. Solo esperaba estar vivo para entonces, porque los escuché hablar sobre qué hacer conmigo, y una de las opciones era pasarme la navaja por el cuello. Ese maldito Karg me quería muerto.

—¿Cómo te capturaron?

El sargento sacudió la cabeza:

—Fui un estúpido. Un descuido y me agarraron.

—¿Te escapaste del mesón porque te seguían?

—Así es. Para mi sorpresa, tenía dos tras mi rastro, y no uno. Pude despistar al primero, pero no al segundo, que resultó ser ese bastardo de Karg. Me durmió de un golpe en la cabeza, y para cuando abrí los ojos, ya estaba prisionero. —Se llevó la mano a la cabeza—. Todavía tengo la hinchazón.

—¿Y qué querían contigo?

—Detenerme. Silenciarme. Matarme eventualmente, pienso.

—¿Por qué?

—Porque ocultan algo, mi capitán. Algo macabro, sospecho. Jugábamos al gato y al ratón. Yo los seguía a ellos, y luego ellos a mí. Estuvimos así por días.

—¿Están detrás de las desapariciones de los niños?

—Sospecho que sí, capitán. Desde que llegué a la isla y comencé a hacer preguntas, empecé a notar que alguien me seguía. Traté de disimular, fingir que no lo notaba. Cuando fui a la comisaría a preguntar por Vulán, me dijeron que estaba desaparecido. Así que comencé a buscarlo, porque inmediatamente los noté sospechosos.

—Igual sucedió conmigo. ¿Lo mataron ellos?

—Casi seguro que sí. No tengo pruebas, pero tampoco lo dudo. De repente resultó que había muerto acuchillado y, cuando pedí ver el cuerpo, me lo negaron. Dijeron que no tenía suficiente autoridad. Esa noche regresé al mesón, y noté que me seguían. Por lo tanto, me escabullí, pero Karg me encontró.

—Lo que pasa es que tenías a dos grupos diferentes tras tu pista, sargento.

—¿Dos grupos?

—Sí. Por un lado, al comisario Normán. Pero también a la Santa Hermandad de la Verdad.

El sargento segundo arrugó la frente:

—¿La orden devota?

Arjen asintió.

—¿Siguiéndome? —dijo de nuevo el sargento.

—Así es. —Entonces le resumió el encuentro que había tenido con el comandante Aldani y sus hombres, la conversación con ellos y cómo le ayudaron a rescatarlo.

—Vaya —dijo Zark—. Me escapé de unos, pero caí en las garras de los otros.

—Eso parece, sargento.

—Y Karg escapó.

—Sí, se nos fue. Es resbaladizo.

De los lugartenientes, Karg había logrado huir, uno quedó muerto y dos inconscientes. Aunque la operación no salió como al capitán le hubiera gustado, al final se logró el objetivo: rescatar al sargento primero Zark Zedare.

De los cuatro hombres que lo habían acompañado, solo Lerjen, el sargento en armas, resultó malherido. Se preguntaba si vivía o había ya emprendido el viaje eterno.

—¿De qué manera está involucrado el comisario?

—Justo el día en el que me dijeron que Vulán estaba desaparecido, los estuve espiando. Cerca de la medianoche salieron, el comisario y sus cuatro lugartenientes, a una casona fortificada a las afueras de la ciudad, como a media legua de aquí. Y cuando digo que es una casa fortificada, es en serio. Es prácticamente un castillo.

—¿Pudiste entrar?

—No. Muchos guardias. Pero la siguiente mañana pregunté en la ciudad sobre esa casa, para ver si lograba recabar algo de información. Y sí. Aparentemente es una casona famosa. La llaman «la casa del verdugo».

—¿Por qué?

—Según la historia, allí habitó un hombre, el barón Dreksel, hace muchos, muchos años. Un hombre que, según me dijeron, hizo una fortuna en la provincia de Nurani, cerca del canal de las Tormentas. Le llamaban el verdugo, porque era un hombre sanguinario. Personas desaparecían a su alrededor. Sirvientes, enemigos, amigos... simplemente desaparecían.

—¿Quién vive allí ahora?

—La casa estuvo deshabilitada por más de cuarenta años. Recientemente se mudó allí un caballero. Un hombre rico. Pero nadie sabe bien quién es.

—¿Y qué tiene que ver esa casa con los niños desaparecidos?

—Escuche esto, capitán. La noche en que seguí al comisario y sus hombres, se dirigieron a la casona en un carro maltrecho. Y vi, con mis propios ojos, que sacaron de la comisaría un par de bultos y los echaron al carro. Pero tengo la impresión de haber escuchado el gemir de un niño.

—¿Estás diciendo que uno de los bultos era un niño?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo, capitán.

El capitán Arjen entornó los ojos:

—Por los Siete Profetas, sargento.

—Pero lo peor es que la noche en que los seguí, no fue el único carro que llegó a la casa. Llegaron otros cuatro.

—Todos con carga.

—Asumo que sí.

—¿Y por qué demonios están llevando a niños a esa casa?

—No tengo ni idea, capitán. Pero, sea cual sea la razón, estoy seguro de que nada bueno.

12. VIGILANCIA

DURMIERON A LA intemperie.

El capitán se despertó con un terrible dolor en la espalda, el cuello, el hombro. Había dormido mal, con frío, pues el suelo estaba todavía húmedo. Aunque hizo una cama con hojas de árbol, y se arrebujó en la capa, siguió siendo incómodo.

Por fortuna, el cielo se despejó y el sol asomó.

Tenían hambre, pero prefirieron no regresar a la ciudad, no todavía. Era una ciudad grande, y al no estar amurallada podían arriesgarse e intentar entrar. Prefirieron caminar hacia una aldea en dirección noroeste. Les quedaba como a dos millas, así que emprendieron la marcha por un camino que llevaba hacia allí, aunque siempre al tanto de los caminantes. No vieron guardias.

La aldea de Minden tendría unos doscientos habitantes. La plaza principal era de buen tamaño, con un jardín cuidado y árboles frondosos, pero prefirieron buscar alguna taberna no tan frecuentada.

Encontraron una que les pareció bien. Zark entró primero e inspeccionó el lugar. Estaba sola. Así que se acomodaron en una mesa cerca de una puerta lateral que permanecía sin atrancar, y los atendió una mujer gordita pero muy amable.

Pidieron un par de huevos estrellados con tocino, un bollo de pan, algo de queso y unas manzanas. Aguamiel para que bajara bien al estómago.

Desayunaron en silencio.

Después de un rato, el sargento dijo:

—Estaba pensando que no le agradecí, capitán.

Sin levantar la mirada del plato que ya casi terminaba, respondió:

—¿Agradecerme? ¿Por qué?

—Por rescatarme. Me habrían matado. Era cuestión de tiempo.

Arjen se encogió de hombros:

—Habrías hecho lo mismo por mí. De hecho, ya lo hiciste antes.

Zark afirmó con la cabeza:

—De todas maneras.

—Para eso estamos, sargento. Para cuidarnos la espalda.

Vino a su mente un destello de lo sucedido ayer, cuando había llamado «amigo» a Zark. Se sacudió la cabeza, porque no había tiempo para pensar en semejantes cosas. Dejaría la nostalgia para otra ocasión.

Zark apuró lo que le quedaba de aguamiel, puso el vaso en la mesa:

—¿Cuál es el plan, mi capitán?

—Es exactamente lo que me he estado preguntando toda la mañana —respondió; no estaba completamente seguro—. Me gustaría ver la casa del verdugo, desde lejos, aunque sea.

—¿Intentar entrar?

—Diseñar un plan para hacerlo. Definitivamente me gustaría saber qué está pasando allí.

—Me parece bien, capitán.

—¿Muchos guardias, dijiste?

—Algunos, sí.

—Quizás necesitemos reclutar la ayuda de la Hermandad.

Además, dejé allí mi alforja, y me gustaría recuperarla.

—Para ello, tendríamos que regresar a la ciudad.

—Así es.

—Lo que usted diga, capitán.

Decidieron primero ir a ver la casona. Un buen tramo del camino era rocoso y difícil de transitar, luego llegaron a una llanura con un río cristalino, en el cual se detuvieron para beber un poco de agua. Subieron una colina y, desde allí, a lo lejos, vieron la casa del verdugo. Para acercarse tendrían que rodear un bosque, o pasar por en medio. La casa estaba en una zona plana, con árboles a su alrededor. Desde donde estaban, era evidente su tamaño, con una muralla externa y la casa adentro, cuyo techo era azul y rodeada por varias torres.

Decidieron rodear el bosque. Les tomó más tiempo llegar; sin embargo, para antes de mediodía ya estaban lo suficientemente cerca como para vigilarla, usando sus catalejos. Se escondieron detrás de unos matorrales, agachados y espiando desde una colina no muy alta, pero que les daba buen punto de vista.

—La puerta principal tiene dos guardias —dijo el capitán—. Hay una lateral que no está resguardada, pero imagino bien atrancada.

—La muralla no tiene adarve, es una ventaja.

—¿Cuánto medirá?

—La muralla, unas dos varas.¹

—Es alta, pero no excesivo. Podríamos cruzarla con cuerda y gancho.

—Sí, aunque con el peligro de no saber lo que hay del otro lado.

—Exacto.

Estuvieron allí hasta el anochecer, vigilando. Cada media hora, aproximadamente, de la puerta principal salían dos guardias armados con lanzas, los cuales le daban la vuelta al terreno. En el tiempo que estuvieron allí, ningún carruaje entró o se alejó. Sin embargo, en una ocasión cuatro guardias cruzaron el portón principal a conversar con los dos que ya estaban afuera. Así que, por lo menos, había seis soldados de la guardia personal de quienquiera que habitaba dentro de la casona.

Arjen pensó en la opción de, simplemente, ir y presentarse como sabuesos del rey, buscando audiencia con el dueño.

Sin embargo, la última vez que eso hicieron resultó ser un completo fiasco, en el cual por poco perdieron la vida.

Así que de ser posible prefería hacer primero una misión de reconocimiento furtivo, para saber con qué lidiaban. Quizás, si lograban adentrarse, encontrarían del otro lado solamente un establo con caballos, cerdos, gallinas y polluelos.

O un montón de cadáveres de niños, pensó.

Cuando el sol se metió, y aprovechando que era una noche particularmente oscura, se acercaron sigilosamente.

Los guardias encendieron antorchas y las colgaron en las murallas, alumbrando así alrededor. Eso haría más difícil —pero no

imposible— brincar la pared, porque aunque las antorchas estaban espaciadas unas de otras de manera estratégica, de todas maneras había algunos puntos oscuros.

Cuando llegó la medianoche, es decir, el final de la segunda vigilia,² decidieron permanecer hasta la mañana. Zark se quedó despierto la tercera vigilia, mientras Arjen dormía, e intercambiaron en la cuarta.

Por desgracia, no aprendieron mucho más. Nadie entró y salió, excepto los centinelas.

Justo antes de que amaneciera, se retiraron rumbo a la ciudad de Urazka. Al oriente, se acercaban nubes negras. Llovería de nuevo.

No parecía que la vigilancia estuviera reforzada. Mejor para ellos. De todas maneras, asumiendo que pudiera haber vigilantes en las entradas principales, se internaron por un extremo en donde, debido a un mercado, estaba atiborrado de gente y podrían perderse más rápido.

Allí, en el mercado, bajo una tienda, desayunaron un potaje de lentejas con carne, pan duro y vino rebajado.

De allí caminaron hacia el cuartel de la Santa Hermandad de la Verdad.

Al dar vuelta en una esquina, el capitán se detuvo.

—Siete Profetas —dijo.

La puerta principal del cuartel estaba emparejada, y desde dentro de las paredes subía una delgada columna de humo.

13. UNA SORPRESITA

ALGUNOS TRANSEÚNTES, CURIOSOS, se asomaban hacia dentro del cuartel de la Santa Hermandad, pero sin aventurarse adentro.

—Nadie custodia la entrada —dijo el sargento Zark—. ¿Nos acercamos?

—Con cuidado —afirmó el capitán—. Veamos antes si alguien nos dice algo.

Primero inspeccionaron a su alrededor, para asegurarse de que no hubiera algún vigía. La calle estaba moderadamente transitada, y por supuesto que llamaba la atención la puerta semiabierta y la columna de humo.

Se acercaron a un hombre barrigón que, cruzado de brazos, observaba el cuartel desde el umbral de una puerta. Era dueño de una tienda de vasijas de cerámica, sin clientela en ese momento.

—¿Qué fue lo que pasó, amigo? —le preguntó el capitán.

—Una escaramuza —respondió, rascándose un espeso bigote que le cubría los labios. Tenía una voz rasposa.

—¿Quiénes?

—Llegó todo un escuadrón de la guardia de la ciudad. Serían unos veinte o treinta. Antes de que amaneciera. Yo lo vi todo, desde la ventana. Fue un engaño.

—¿Cómo un engaño?

—Tocaron a la puerta tres soldados de la guardia, pidiendo audiencia con el comandante de la Hermandad. Fingieron ser tres. El resto de los soldados se escondieron aquí alrededor, y pegados al muro. Cuando la puerta se abrió, entraron todos y comenzaron los gritos.

—¿Capturaron a los hermanos, o los mataron?

—No sabría decirle, mi señor. Pero yo escuché ruidos de un combate, y varios gritos de dolor. Se llevaron cautivos a algunos, vi

que sacaron a unos cuatro, amarrados. Los echaron a un carro y se fueron.

—¿Alguien se quedó adentro?

—No sabría decirle, mi señor. Yo estaba viendo todo por la ventana, pero un soldado me avistó y, lanzando una blasfemia, me advirtió que si no cerraba los postigos, me clavaría una flecha entre los ojos. Cerré la ventana, y aunque seguí asomándome por la fisura, no pude ver bien.

Se acercaron a la puerta, con la mano en el pomo de las espadas.

El capitán se asomó. Luego entró, con el sargento detrás de él.

Inmediatamente vieron en el suelo el cuerpo de un devoto de la Santa Hermandad. Tenía atravesado el pecho y un corte terrible en el cuello, estaba de espaldas, con un ojo abierto y el otro cerrado, y las piernas dobladas en un ángulo extraño. Cerca de él, en el suelo, otras manchas de sangre, posiblemente de soldados de la guardia.

En el patio vieron otros dos cuerpos, ambos de la Santa Hermandad. Pero había también alrededor de ellos evidencia de una batalla feroz: sangre regada en el suelo y, cerca de la noria, una mano cortada por encima de la muñeca.

Los soldados de la guardia se llevaron a sus muertos y heridos, pensó, pero dejaron a los soldados de la Hermandad a pudrirse. Regresarán por ellos, para quemarlos, y para borrar todo rastro de su involucramiento en este asunto.

Matar a soldados devotos de la Santa Fe era un tremendo escándalo en potencia. Los soldados de las órdenes religiosas no eran parte del ejército real, pero trabajaban en conjunto bajo una dispensación especial otorgada por el reino. Su misión específica era salvaguardar la Santa Fe, incluyendo a los religiosos, templos y lugares sagrados. En el pasado, siempre se habían unido en las guerras para defender el reino en contra del Sagrado Imperio de Ragidán, o de ataques esporádicos de las tribus que moraban en el norte inexplorado.

La columna de humo, que ya daba indicios de estar apagándose, venía de una linterna que cayó sobre un carretón con paja. La paja se consumió y, por fortuna, el fuego no se extendió.

—Vayamos al templo —dijo el capitán.

Entraron, pero no vieron a nadie. De allí se dirigieron a la enfermería, que era pequeña, apenas un edificio de adobe y ladrillo donde cabrían unos cuatro camastros, máximo.

Adentro, el sargento en armas Lerjen. Por un momento Arjen pensó que estaba muerto, puesto que tenía pálida la cara. Al acercarse, el hombre abrió los ojos con dificultad. Al reconocerlos, su expresión se tornó en una de alarma:

—No —susurró—. No, no.

—Tranquilo, sargento. Soy el capitán de los sabuesos. Nada que temer —le aseguró el capitán.

El hombre estaba malherido, con el pecho completamente vendado y manchado de rojo tanto en el abdomen como en el pecho. Era un milagro que siguiera con vida.

Lerjen con dificultad sacudió la cabeza. Susurró algo, pero Arjen no entendió. Se inclinó hacia el moribundo.

—¿Qué dijo? —preguntó Zark, al no escuchar.

El capitán se irguió rápidamente, como si le hubieran picado la espalda:

—Dice que es una trampa.

—Maldición —dijo Zark, desenvainando. Arjen hizo lo mismo.

Se apresuraron para salir.

Arjen sintió que se le heló la sangre al momento en que pisaron de nuevo el patio.

Frente a ellos, a unos diez pasos de distancia, los esperaban diez soldados. En el medio, Karg, una sonrisa en el rostro.

Cuatro los apuntaban con ballesta, dos con arco.

—Tirad las armas —dijo el lugarteniente Karg.

Arjen y Zark se quedaron inmóviles. No había salida. No llevaban escudo ni coraza, ni siquiera un peto de cuero. Sería un milagro que esquivaran seis flechas. No, un milagro no: era imposible.

—Si fuera por mí —dijo Karg—, daría la instrucción de mataros. Pero el jefe os quiere vivos, de preferencia. Enfatizo: de preferencia. Si me dais una excusa para mandarlos a los infiernos, la tomaré.

—Somos sabuesos del rey —dijo Arjen—. Apartaos de nuestro camino.

—Estáis arrestados.

—¿Bajo qué cargos?

—Por asesinato. Por haber matado a inocentes devotos de la Santa Hermandad. Somos diez soldados de testigos. Once, conmigo —agregó, enseñando los dientes en una mueca burlona.

Arjen crujió los dientes.

Habían caído en la maldita trampa.

—Lo que usted diga, capitán —susurró Zark—. Si hoy nos toca hacer el viaje eterno, que así sea. Nos llevamos a dos o tres bastardos con nosotros.

Consideró las opciones por un momento. Sacudió levemente la cabeza:

—Hoy no, sargento. —Y lanzó la espada al césped frente a él. Zark lo imitó.

—Las manos, entrelazadas detrás de la cabeza —dijo Karg. Cuando obedecieron, el lugarteniente dio la instrucción—: Amarradlos bien. Inspeccionadlos, incautadles toda arma.

Les quitaron los cinturones de armas, los palparon bien, y les amarraron las manos por atrás con una soga.

El capitán sintió a alguien aproximarse, y olió el sudor y la peste de la boca del lugarteniente Karg, quien le dijo:

—Os espera una sorpresita, capitán sabueso.

14. EL BARÓN

—¿ADÓNDE NOS LLEVARÁN? —preguntó el capitán al sargento.

—Ni idea —le respondió.

Estaban dentro del carromato, una pequeña prisión con una puerta reforzada y una ventanita con dos barrotes de hierro.

Las ruedas de madera hacían que el carro rebotara en cada piedra. Estaban en el suelo, amarrados de las manos, pero por lo menos no de los pies.

—Quizá a la comisaría —se preguntó Zark.

—Parece que no. Vamos en otra dirección.

El sargento, batallando, logró ponerse de pie y se asomó por la ventana.

—No reconozco lo suficientemente bien la ciudad.

—Yo tampoco, pero se me figuró que tomamos un camino hacia el este.

—Es cierto —respondió el sargento al recordar la posición del sol. Agregó—: Parece que vamos hacia las afueras de la ciudad.

—¿Sí?

—Así me parece —repitió.

—Si nos están sacando de la ciudad, no da buen augurio.

—No pinta bien.

Supuestamente los habían arrestado por asesinato. Era un cargo serio, de los más serios, porque la pena era la muerte. Puesto que ellos eran soldados de la Honorable Compañía de la Justicia del Rey, la única manera de que fueran puestos a muerte era por un proceso legal en el cual un juez dictaría la sentencia, la cual no se podría llevar a cabo sin informar directamente al comandante de los sabuesos, el cual podría solicitar una revisión del caso.

Sin embargo, si los estaban sacando de la ciudad significaba que ni siquiera los llevarían a la cárcel.

Pero si la intención era simplemente matarlos, ¿por qué no deshacerse de ellos en el cuartel de la Santa Hermandad? Habría sido más sencillo. Acuchillarlos allí bajo la excusa de que pusieron resistencia. ¿Quién podría decir lo contrario?

Anduvieron por una vereda como por la mitad de una hora.

El sargento se asomó de nuevo y dijo:

—Siete Profetas, capitán. Creo que ya sé adónde nos llevan.

—¿Adónde?

—A la casa del Verdugo.

—¿Qué? —Arjen se puso de pie y miró también hacia afuera—.

Por el Gran Creador, tienes razón, sargento.

—Queríamos entrar, y se nos va a cumplir —dijo Zark.

—Hubiera preferido entrar de manera furtiva.

El sargento se encogió de hombros:

—No siempre se cumplen nuestros deseos como nos gustaría, capitán.

—En eso tienes toda la razón.

Llegaron hasta el muro, en donde ya la puerta estaba abierta.

Entró el carruaje, el cual era estirado por una mula, y escucharon la puerta cerrarse detrás de ellos.

Atrapados, pensó el capitán.

No era la primera vez que se enfrentaba a una situación así. De hecho, le fastidiaba que no había pasado mucho tiempo desde la última vez que ambos pasaron por algo similar.

El carro se detuvo, la puerta se abrió, y Karg les ladró que salieran. Las nubes estaban ya sobre ellos, negras y listas para descargar lo que parecía ser un buen chubasco.

—Caminad hacia el palacio, perros —les dijo el lugarteniente.

El palacio era elegante, firme, orgulloso. Las paredes eran de un gris oscuro. Las torres subían rectas, con techos inclinados, y el viento movía las banderillas en las puntas. Una escalinata ancha llevaba a la puerta, de madera gruesa. Las ventanas eran delgadas en las torres y más grandes en el centro.

Alrededor de ellos, un patio con un césped bien cuidado. A la derecha, un establo grande y un granero. A la izquierda, un edificio que podría ser los dormitorios de la servidumbre, con una noria

cerca de la puerta. A excepción de los cinco soldados de la guardia que los habían acompañado en la excursión, no veían ningún guardia adicional.

Al subir las escaleras, antes de entrar, Karg dijo a los soldados:
—Desatadlos.

Mientras eso hacían, el lugarteniente se puso frente a ellos.

—Escúchame bien, capitán —le dijo—. El jefe quiere veros.

Entraréis sin sogas en las manos. Pero te juro por el Gran Creador que si intentas cualquier cosa, o tu sargento, os mataré como lo que sois: perros callejeros. ¿Me oísteis?

Ninguno de los dos respondió o hizo gesto alguno.

Karg sonrió:

—Lo tomaré como un «sí». Seguidme.

Caminó frente a ellos, con dos soldados detrás. Entraron primero al vestíbulo amplio, tomaron una puerta a la izquierda que los llevó por un pasillo largo. Al final, doblaron a la derecha y continuaron por otro pasillo, pasando varias puertas. De nuevo, llegaron al final, a unas puertas grandes, dobles, elegantes.

—Entrad —les dijo.

Lo hicieron, y Karg cerró la puerta, quedándose del otro lado.

El salón era largo y angosto, con un techo alto. Estaba casi a oscuras, sin ventanas, y la iluminación provenía de un candelabro puesto sobre una mesa rectangular para seis personas. A la cabeza de la mesa, un hombre, sentado, cuyo rostro no podían ver bien debido a la penumbra.

—Adelante, caballeros —escucharon la voz del hombre. Una voz delicada, serpentina, de perfecta dicción.

Se acercaron.

—Tomad asiento —les dijo apuntando con la mano dos asientos que tenían un plato servido con fruta, un poco de carne seca, bollos de pan y una copa de vino llena.

Arjen se sentó del otro lado de la mesa, frente al anfitrión, con el sargento Zark a su izquierda inmediata. Puesto que la mesa no era muy grande, el anfitrión estaba lo suficientemente cerca para verle el rostro.

Era difícil saber su edad. Quizá a mediados de los treinta inviernos. Llevaba una hermosa túnica de color vino, con botones dorados, y un cuello blanquísimo elevado que le llegaba a la quijada. La piel blanca, los ojos negros, labios delgados y nariz aguileña. Parecía, un poco, como una serpiente. Frente a él solo una copa de vino, y una pequeña campanita dorada, como para llamar a la servidumbre.

Nadie habló por un momento. El hombre los contemplaba con curiosidad.

—Bienvenidos al palacio Dreksel, caballeros.

—¿Con quién tenemos el gusto? —preguntó el capitán.

—Soy el barón Ilden Dreksel.

Arjen recordó la conversación con Zark: que en esa casa había vivido, muchos años atrás, el barón Dreksel, apodado el Verdugo. Quizás el hombre que tenían enfrente era su descendiente.

—¿Gustan un poco de comida? El vino es exquisito. Les puedo garantizar que en toda su vida no han bebido uno como este. Añejo como ninguno. Con tonalidades de madera y flores que...

—Este es un secuestro ilegal —interrumpió el capitán.

El barón arqueó las cejas y entrelazó las manos, unos dedos largos y huesudos:

—Pero ¿cómo dice, capitán?

—Estamos aquí ilegalmente. Demando, bajo la autoridad del rey, que se nos regresen las armas y nos pongan en inmediata libertad.

—Todo a su debido tiempo, capitán sabueso. Primero, vosotros hoy sois mis huéspedes. Disfrutad de mi hospitalidad. Tomad un poco de vino.

—No tengo sed. Reitero lo que...

—*Toma el vino* —repitió el barón Dreksel, pero esta vez su voz fue diferente. En lugar del timbre delicado, la voz retumbó en los oídos del capitán y, para su sorpresa, su mano tomó la copa, se la llevó a los labios y bebió. Por poco se atraganta, pues luchó por no dejar pasar el vino por su garganta, ya que no tenía idea de qué era lo que estaba tomando o si podía estar envenenado.

Dejó la copa en la mesa y miró al sargento.

Zark tenía los ojos bien abiertos:

—Capitán... ¿está bien?

Estaba a punto de decirle que no, cuando el barón, mirando al sargento, le dijo:

—Tú también, *toma el vino*.

Sucedió lo mismo. La cara del sargento se tornó en una de espanto mientras veía su propia mano moverse —como si le perteneciera a otra persona—, tomar la copa y llevársela a los labios.

Arjen sintió un sudor frío brotándole por todo el cuerpo.

Miró al anfitrión, cuyos ojos negros parecían, si fuera posible, haberse vuelto más oscuros.

—Ahora que tengo vuestra completa atención —dijo Dreksel—, conversemos.

15. LA FUENTE DE VIDA

—PUDE HABERLOS MANDADO matar —dijo el barón Ilden Dreksel—. De hecho, lo pensé bastante tiempo. Pero al final me ganó la curiosidad.

Arjen solo arrugó la frente. Tenía delante de él algún tipo de hechicero. Eso los ponía, evidentemente, en significativa desventaja. Sí, estaban solos con el barón, y podían intentar someterlo, incluso sin tener armas. Pero si lo hacían enojar, ¿qué les haría? ¿Pedirles, por ejemplo, que se mataran a sí mismos, o el uno al otro? No había cuchillos en la mesa, pero las manos, los puños, los pies podían ser poderosas armas.

Dreksel tomó su copa de vino y le dio un sorbo. Se lamió los labios.

—Me ganó la curiosidad de conocerlos —continuó—. Podría decirse que soy un fiel seguidor vuestro.

—¿De qué demonios habla?

El barón introdujo su mano en la túnica y sacó de un bolsillo interior un panfleto de papel, doblado en tercios.

—¿Sabéis lo que es esto? Supongo que sí —dijo.

Arjen lo reconoció inmediatamente. Era un panfleto de Brisbán el Bardo, escritor de los folletines de «Los sabuesos del rey».

—Supongo que debéis de estar cansados, incluso fastidiados, de personas que os reconocen por las aventuras escritas aquí —dijo poniendo un dedo sobre el folletín, que había colocado en la mesa delante de él.

—Más de lo que podemos decir —respondió el capitán mirando rápidamente al sargento, quien sudaba, estaba tenso y respiraba profundo, intentando controlar su ira o temor.

—Cuando uno vive lo que yo he vivido, capitán, la vida se vuelve muy aburrida. En *extremo* aburrida. He pasado años viajando por el

reino, incluso más allá. ¿Alguna vez habéis visto las montañas de Alaje-edán?

Arjen dijo que no con la cabeza.

—Supongo que no. Están más allá del norte inexplorado. —El anfitrión hizo una pausa, se pasó el dedo índice por la línea de la quijada—. También pasé algún tiempo entre los ragidianos. Pero ellos son tremendamente aburridos. Solamente piensan en la guerra y en vengarse de Tresden. Siempre termino regresando aquí, a esta isla.

—¿Es oriundo de aquí?

El barón sonrió con los ojos, mas no con la boca:

—Ni de aquí ni de allá, capitán. Nací en una antigua tierra que dejó de existir. Soy de una raza que está en extinción. ¿Sabéis de qué hablo?

—Puedo adivinar.

—Adivinad, entonces.

Arjen tragó saliva:

—La raza de los hechiceros.

—¿Vos creéis en eso, capitán?

—Hace poco habría dicho que no.

—La Era de la Magia; así la llaman los cronistas del reino, ¿cierto? Sin embargo, ninguno de ellos estuvo allí. Incluso Regka, el cronista iluminado, vivió doscientos años después de la era mágica. Antes de la primera restauración.

—¿Y qué hace aquí?

—Cada cierto tiempo regreso para rejuvenecerme. Al igual que la muchos de los hechiceros que servimos a Doriatán, fuimos malditos. Somos eternos, pero no inmortales.

—¿Cómo?

—Podemos morir, capitán, por supuesto. Ningún hechicero puede sobrevivir a que lo decapiten o a que le claven una estaca en el corazón. Sin embargo, dependiendo de nuestra maldición, vivimos eternamente, siempre y cuando nos rejuvenezcamos.

—Entonces usted es el mismo barón Dreksel, al que apodaban el Verdugo.

Iksel Dreksel se rio, una risilla divertida e infantil:

—Han pasado ya casi doscientos años y la gente todavía me recuerda. Fueron años muy divertidos, capitán. Bebí de la fuente de la vida como nunca. Pero ahora llevo un año desde que regresé, y vosotros ya queréis cortarme la diversión. Eso no me gusta nada, capitán.

—Los tiempos han cambiado, supongo.

—Parece que sí. Ahora hay más comunicación en el reino. En aquel entonces, la isla del fuego prácticamente sobrevivía por sí misma. Y no existíais vosotros, por supuesto. Los sabuesos del rey. Con jurisdicción en todas las provincias. Ese soldadillo os mandó llamar y, por ello, pagó con su vida.

Así que él mandó matar a Vulán.

—¿Y entonces? —preguntó Arjen—. ¿Por qué mandarnos llamar, en lugar de mandarnos matar?

—Pensé que ya sería obvio —respondió—. Para quitarme el terrible aburrimiento.

Hubo un momento de silencio.

Al capitán se le erizó la piel. Estaban a merced del brujo. Si lo que quería era divertirse, había muchas cosas que podía hacer con ellos, sobre todo si ellos eran incapaces de resistirse a su voz.

La única arma a la mano era la copa de vino, pero ni siquiera era de vidrio sino de madera. De todas maneras podía intentar romperla contra la mesa, dejarla astillada e intentar clavársela en el cuello.

Pero estaba seguro de que, tan pronto como lo intentara, el hechicero lo detendría. O, habiéndola convertido en un puñal improvisado, le mandaría clavárselo en su propio pecho. O en de Zark.

El barón Dreksel dijo:

—Comamos, pues.

Tomó la campanita y la sonó.

Detrás de él, en una esquina a unos ocho pasos de distancia, se abrió una puerta. Entraron dos guardias, quienes sujetaban a un hombre que estaba evidentemente bajo la influencia del alcohol, alguna hierba, o alguna pócima.

Era el comandante Joaquín Aldani, con los ojos idos y la saliva escurriéndole por la barbilla. Apenas se sostenía en pie.

Dreksel se giró un poco para verlo de frente, y dijo:

—*Atento.*

Dos cosas pasaron en ese momento.

La primera: el comandante Joán Aldani se paró firme, los ojos bien abiertos.

La segunda: con la destreza de un prestidigitador, Arjen tomó el bollo de pan en su plato y lo escondió en un bolsillo de su túnica. El barón no lo vio, pues tenía su mirada puesta en Aldani. Zark sí notó el movimiento, y lo único que hizo fue arrugar ligeramente la frente.

Dreksel, con la mirada fija en el comandante, le dio otra instrucción:

—*Ven.*

El comandante de la Santa Hermandad obedeció, caminando hasta estar junto al barón.

Así que, para obedecer la «voz», debe haber contacto visual.

Probablemente era suficiente que el brujo viera a la persona que mandaba, incluso si la otra no lo mirara a él.

¿Y si me tapo los oídos?, pensó. Debo intentarlo.

—*Inclínate* —le ordenó el brujo al comandante Aldani.

El comandante hizo eso, de manera que su cuello quedó justo enfrente del barón, ligeramente por debajo de la altura de su mentón.

Aldani estaba congelado en una incómoda posición de reverencia.

El barón tomó de la mesa una servilleta de tela blanca, se la acomodó al cuello, y lo que sucedió a continuación dejó al capitán horrorizado.

Apenas lo vio por un momento, pero fue suficiente.

El barón abrió la boca grande, lo más grande posible, y Arjen alcanzó a ver que detrás de su dentadura había otra hilera de dientes, todos afilados. Pequeños dientecitos que brillaron.

Dreksel mordió el cuello de Aldani primero con delicadeza, encajando bien los múltiples colmillos, y luego con fuerza.

Y entonces empezó a succionar.

16. MONSTRUO

—*PROFETAS* —MURMURÓ ARJEN. El cuerpo le temblaba.

Delante de él, el barón seguía chupando el cuello de Joán Aldani, los sonidos de la succión fuertes y asquerosos.

Zark tenía la espalda pegada al respaldo de la silla, los ojos y la boca abiertos. Le pulsaba una vena en la frente.

Muchas cosas monstruosas he visto en mi vida, pensó Arjen, pero ninguna como esta.

Después de lo que pareció una eternidad, Ilden Dreksel abrió la boca, desencajó los dientes, y se inclinó hacia atrás.

—*Írguete y quédate junto a mí* —le dijo al comandante de la Santa Hermandad, quien obedeció, parándose junto al barón como si fuera su escudero, el cuello escurriéndole de sangre, las diminutas marcas impresas en la piel, de las cuales brotaban hilillos rojos.

—Ahhhh —dijo Dreksel, como si acabara de catar una fina copa del mejor vino—. La fuente de la vida. Lamento mucho que no tengáis el privilegio de disfrutar de un manjar como este, ¿eh, capitán?

Arjen no respondió. No sabía qué decir.

Se tapó los oídos con fuerza. Zark también.

¿Funcionará?

El barón sonrió, mostrando dientes escarlata. Tenía la barbilla manchada de sangre. A Arjen de repente le pareció tener delante de él a un bufón, de esos que se pintaban la cara de blanco y la boca de rojo.

Dreksel se lamió los labios, tomó la servilleta del cuello y se limpió la boca y mentón.

—Eso no funciona, capitán —dijo, hablando más fuerte—. Si tan solo llega a tu tímpano una vibración de mi voz, será suficiente. Y si no me crees: *ponte de pie*.

Arjen obedeció. *Maldita sea. No funciona.*

—*Siéntate.*

Se sentó.

El barón soltó una carcajada.

—Qué divertidos sois. Ahora sabéis mi pequeño secreto —dijo, mirando primero al capitán y luego al sargento. Ambos habían bajado las manos—. Cómo quisiera haceros como yo. Quizá en otros mundos eso sea posible, pero en este no. Nunca podréis saber lo delicioso que es tomar la fuente de la vida, el sabor de la sangre en la lengua, el vigor que produce en el cuerpo.

—Monstruo —musitó el capitán.

El barón Dreksel se rio, socarrón:

—Me divierte cómo pensáis vosotros, los humanos. ¿Es monstruo el chacal por comer carroña? ¿El coyote por devorarse al conejo? ¿El mosquito por chupar la sangre? ¿Yo, por rejuvenecerme gracias a la sangre de los niños?

Un escalofrío recorrió el cuerpo entero del capitán.

—¿Estás matando a los niños?

El barón negó con la cabeza:

—¿Matarlos? No. ¿Por qué haría eso, capitán? Son mi fuente de vida. El cuerpo humano es fascinante. Regenera la sangre. Matar a los niños sería deshacerme de una fuente alimenticia.

—Pero entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué han desaparecido tantos niños? Eso es obvio, ¿no?

Sí lo era, ahora que lo pensaba bien. Usaba a los niños como ganado, dejándolos vivos para suministrarle la sangre que se bebía para mantenerse con vida.

—¿Por qué niños?

El hombre se encogió de hombros:

—Primero, es más fácil capturar a un niño que a un adulto. Para traerme a este —dijo apuntando al comandante de la Santa Hermandad— necesité todo un escuadrón. A los niños solamente les ofreces una manzana con miel, y vienen contigo. —Lanzó una carcajada seca—. Además, la sangre joven es más dulce. Sé que eso sonará ridículo a vuestros oídos, pero alguien como yo, con un

paladar refinado, siente la diferencia. Además, cada niño tiene su propio aroma, su propio sabor de piel.

—¡Monstruo! —gritó el capitán. Actuó sin pensarlo, por pura inercia. Se puso de pie, tomó la copa, la golpeó con fuerza contra la mesa, el cáliz salió volando y se quedó en la mano solo con el tallo de madera. Lanzó un grito y alcanzó a dar tres pasos cuando:

—*Detente* —dijo la voz. Se quedó petrificado, sin mover los músculos, plantado en el suelo como si sus pies hubieran echado raíz.

El sargento Zark lo intentó también. Se abalanzó sobre el brujo, ambas manos extendidas frente a él, al igual que los dedos. Tenía la intención de estrangular al chupa-sangre. Logró acercarse más que Arjen, pero el hechicero lo miró:

—*Alto*.

—Noooo... —alcanzó a decir Zark, y se quedó en donde estaba, con las manos hacia el frente, la cara una mezcla de espanto, ira y decepción.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Dreksel, divertido. Levantó un dedo y lo agitó—. Perros malos, perros malos. Eso estuvo muy mal. —Miró al capitán—: *Siéntate en tu lugar*.

Casi sin darse cuenta y sin saber cómo, ya estaba de regreso en el asiento. Crujiendo los dientes, dijo:

—Eres un maldito bastardo del infierno, hijo de Doriatán.

Con voz dulce contestó:

—Lo soy, capitán. Lo soy. —Agregó—: Cuando un perro se porta mal, hay que enseñarle una lección. Eso lo he aprendido en mis años de vida. Y los humanos son exactamente eso: animales. Tan estúpidos como los perros.

Se quedó un momento mirándolos, con los ojos brillando.

—Voy a poner unas reglas muy sencillas. El próximo que se levante de su silla sin permiso, mataré a su compañero. Sencillo de entender, ¿no creéis? Si te levantas de la silla, capitán, mato al sargento. Si el sargento lo hace, te mato a ti. ¿Entendido?

Arjen miró a Zark: sudaba profusamente. Él mismo sentía un sudor frío por todo el cuerpo.

Y sentía algo más. Algo que odiaba:

Miedo.

¿Cómo vencerlo? Tenía una idea. Pero necesitaba un momento. Quizá, solo quizá, funcionaría su plan.

El hechicero había dicho que era mortal. Y por la poca experiencia que Arjen tenía, pensaba que era verdad. Un cuchillo enterrado en el corazón. Una herida mortal, en el pecho, en el cuello, en la cabeza.

La única arma, el tallo astillado de la copa, yacía ahora en el suelo, a varios pasos de distancia. Nunca lograría llegar hasta allí, tomarlo, correr hacia el hechicero y clavárselo en la sien.

Gran Creador, estamos perdidos.

El barón, mirando rápidamente al comandante Aldani, le ordenó que se inclinara donde estaba.

Luego se dirigió al sargento:

—*Ponte de pie.*

Zark obedeció, la cara contorsionada de ira.

—*Ponte frente al comandante.*

Zark soltó un juramento mientras obedecía.

—¡Maldito bastardo, gusano de infierno! —dijo Arjen. Quería ponerse de pie, hacer algo, salvar al sargento. Pero sabía que en el momento en que se despegara de la silla, el hechicero cumpliría su palabra. Probablemente esperaba eso. La excusa perfecta para matar al sargento frente a él.

Y luego quién sabe qué hará conmigo. Yo podría ser su próxima víctima, un suministro de sangre por días, por meses, por años.

El sargento Zark Sedare se paró frente a Aldani, que seguía inclinado hacia delante, su torso en ángulo.

—Te mataré, brujo de los infiernos —dijo Zark, entre dientes. Tenía al barón a un brazo de distancia, pero no era capaz de moverse contra el titiritero.

—*Succiona su cuello* —dijo Dreksel.

—¡No! —gritó Arjen.

—No, por favor... —musitó Zark.

Pero no pudo resistirse a la orden.

Abrió la boca, mordió el cuello, y chupó.

17. PONEOS CÓMODOS

UN ALARIDO SALIÓ de la garganta del capitán Arjen.

Un grito de impotencia, de terror..., de derrota.

El sargento Zark succionaba la sangre. De las comisuras de sus ojos salían lágrimas de ira.

—¿Qué te parece, capitán? —dijo el hechicero—. ¿Crees que si le chupa el cuello por un par de horas más, le llegará a gustar? Quizás moriría antes. Le reventaría el estómago de tanta sangre en las tripas. ¿O moriría primero el comandante Aldani? No lo sé. Podríamos averiguarlo. Sería divertido.

—Detente. ¿Qué es lo que quieres? Haré lo que quieras. Nos largaremos de aquí.

Realmente no tenía pensado irse sin intentar cortarle la cabeza a ese maldito hechicero de los mil demonios. Pero estaba dispuesto a decir lo que fuera con tal de salvar al sargento de la situación en la que estaba.

—Muy tarde para eso, capitán. Muy, muy tarde para eso.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos tendrás aquí, chupando sangre, hasta que te aburras?

—Lo estoy considerando. ¡Mira a tu sargento! Se ve que lo está disfrutando. —Se carcajeó, una risa larga, divertida, guasona—. Te lo digo, podría gustarle.

El capitán tenía los puños tan apretados que las uñas cortaron la piel de las palmas de sus manos.

No hay nada que pueda hacer. Necesito que se distraiga...

—Para —le dijo al sargento, y éste dejó de succionar—. *Írguete. Quédate quieto hasta que yo te ordene.*

El sargento respiraba profundamente, su cuerpo tenso. Le escurría la sangre por la barbilla. Tenía los ojos perdidos, parecía a punto de desmayarse.

El barón Ilden Dreksel sonó la campanilla de nuevo, pero agitándola de una manera particular: tres veces, con una pequeña pausa entre cada campanada.

Esta vez entraron varias personas. De la puerta detrás del barón, dos soldados y el comisario Normán. Los dos soldados eran los lugartenientes del comisario, los dos que habían dejado inconscientes en el ataque a la comisaría. Además, la puerta de entrada se abrió dando paso al lugarteniente Karg. Él y Normán se acercaron al hechicero y, al unísono, dijeron:

—A su servicio, barón.

—Llévalos a la granja —dijo—. Si alguno de los sabuesos intenta algo, matadlos. Pero no los quiero muertos sin razón. Estaré con ellos pronto. Tengo planes.

—Lo que usted ordene, señor —respondieron, de nuevo al unísono, como si estuvieran bajo un embrujo.

Los dos soldados tomaron a Aldani por los brazos, y se lo llevaron a rastras.

Karg sacó una daga, la puso en la espalda de Zark, y le obligó a caminar. El comisario hizo lo mismo con Arjen.

Salieron por la puerta de atrás a un pasillo largo y oscuro, malamente iluminado por pequeñas antorchas.

Llegaron al patio exterior, el cual tenía un pasillo techado que corría por el lado izquierdo. El capitán se sorprendió de ver que llovía, ligero pero persistente.

—Andad —le dijo el comisario Normán.

Llegaron hasta el final del pasillo y atravesaron por el pasto, a la intemperie, la lluvia pegándoles en la cabeza. El cielo se iluminó con un relámpago y después un trueno cercano. La lluvia arreció.

Cerca de la muralla estaba lo que parecía ser un granero muy grande, de piedra gris y un techo de madera. La puerta estaba flanqueada por dos guardias con lanza.

Entraron.

Esto no es un granero. Es una prisión.

Había jaulas. Muchas jaulas.

En ellas, hombres, algunas mujeres... y niños.

Por lo menos unos treinta niños de unos cinco a diez años. Arjen sintió un mareo, y por un momento estuvo a punto de vomitar.

—Por el Gran Creador —dijo el sargento Zark—. Esto es... una abominación.

—¿Cómo puede ser que os prestéis para algo así? —le dijo el capitán al comisario Normán.

—Cierra la boca, perro.

—¿No sois los defensores y guardianes del pueblo?

El comisario se puso frente al capitán y le apretó la punta de la daga en el estómago.

—No es tenemos mucha opción, sabueso —dijo Normán—. El barón es invencible. O nos unimos a él, o sería peor.

—¿Cómo puede ser peor? ¡Mira eso! ¡Son niños! ¡En jaulas! ¿Y para qué? ¿Para beberse su sangre hasta matarlos?

—La mayoría de esos niños son callejeros.

—¿Y eso qué? —dijo Arjen.

—Pues que iban a morir de todos modos. Aquí reciben pan y agua cada día.

—Estás demente, Normán.

—Ellos o nuestros hijos, así de fácil —dijo el comisario—. Esa era la opción. Ellos —apuntó a las jaulas— o nuestros hijos. ¿Tienes hijos, capitán?

Arjen negó con la cabeza.

—Entonces no lo puedes entender.

Así que esa era la razón por la que Normán y sus hombres trabajaban para Dreksel. Les había dado una opción imposible. Ellos tenían, entonces, que traer las víctimas, como sacrificios, o sufrir las consecuencias.

—Ahora muévete —le dijo el comisario, y lo llevaron hasta una de las jaulas. Estaba vacía excepto por el comandante Joán Aldani, al que habían arrojado al suelo. Estaba tirado, en un ángulo extraño, vivo o muerto. La jaula era espaciosa, un cuadrado de diez pasos de ancho y largo.

Cerraron la puerta que, al igual que la jaula, era de barrotes, y pusieron el candado.

—¿Qué de la caverna? —preguntó el capitán—. ¿La caverna del culto a Azkharel?

—¿Y qué te importa ya? —respondió Normán—. De aquí no saldrás jamás. Tenlo por seguro. Algo sucede cuando el barón chupa la sangre de una de sus víctimas. Se vuelven... lentos.

—De todos modos quiero saber.

—Es un farol —dijo Karg, una sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Un farol? —preguntó el sargento, que se veía ya un poco mejor. La piel, que había estado pálida, volvía poco a poco a su color normal.

—De cuando en cuando montamos un supuesto culto allí —dijo el comisario—, para que la gente se asuste y piense que las desapariciones son por alguna secta oscura que sigue sacrificando niños. Fue idea del barón y, debo decir, muy acertada, porque nadie había sospechado de él.

Ni siquiera nosotros, pensó el capitán. No en realidad. No teníamos idea de lo que esto era. Jamás lo hubiéramos podido imaginar.

—¿Y entonces? ¿Qué harán con nosotros? —dijo el sargento.

—Poneos cómodos —dijo Karg—. Al barón no le gusta la sangre vieja. Pero de vez en cuando prefiere algún adulto. Sin duda vosotros seréis los predilectos del barón.

18. ¿ME ESCUCHAS?

APENAS SE LARGARON Normán y Karg, Zark se puso de rodillas y vomitó la sangre.

Dio arcadas y vomitó de nuevo.

El capitán se acercó y puso una mano sobre el sargento, que temblaba.

—Profetas —dijo Zark—. Nunca en mi vida...

—Yo tampoco —contestó el capitán, sin saber exactamente a qué se refería el sargento. Lo que él pensó fue: *Nunca en mi vida pensé ver algo así.*

Le dio dos palmadas en el hombro:

—¿Estás bien, sargento?

Zark alzó la mirada. Su rostro parecía haber envejecido una década. Tenía una capa de sudor en el rostro, el cuello, los brazos.

—Estaré bien —respondió—. Estaré mejor cuando le meta un puñal en el corazón a ese brujo bastardo hijo de los demonios.

—Eso haremos.

El sargento miró en dirección del comandante de la Santa Hermandad:

—¿Está vivo?

El capitán se acercó y revisó el pulso en la garganta.

—Está vivo —afirmó—. Pero ni siquiera se tomaron la molestia de vendarle la herida.

Arjen rompió un pedazo del borde de su túnica y, lamentando no tener agua y ungüento para lavarle el cuello, le aplicó el vendaje improvisado.

Zark se tuvo que volver pues, al ver la impresión de sus propios dientes en la piel del comandante, comenzó a dar arcadas de nuevo, aunque logró controlarse. Respiró hondo y dijo, entre dientes:

—¿Cuál es el plan, capitán?

—Dijo que regresaría. Dijo que nos vería pronto. Tenemos que estar listos.

—¿Pero cómo? ¡No tenemos nuestras armas!

—No.

—¡Y puede controlar nuestra mente! ¡Por los Siete Profetas, todavía no lo puedo creer! ¡Como si fuéramos marionetas!

Arjen recordó la primera vez —hacía no mucho tiempo— que se enfrentó con brujería. Ese sentimiento de incredulidad mezclado con euforia al ver algo imposible de explicar. Incluso habiéndolo visto con sus propios ojos, por noches se preguntó si había sido una locura, un perverso juego de su mente.

Ahora estaba completamente seguro de que, efectivamente, la magia existía.

Arjen, mirando a su alrededor, dijo:

—Y toda esta gente aquí, prisionera.

—Hay que hacer algo. ¿Cuál es el plan, capitán?

Arjen sacó de su bolsillo el bollo de pan.

—Este es el plan.

—¿Un... pedazo de pan?

El capitán afirmó con la cabeza:

—¿Recuerdas lo que nos dijo el brujo cuando nos tapamos las orejas?

—Dijo que si su voz llegaba a la membrana del oído, con eso sería suficiente.

—Exacto. ¿Pero qué si logramos que no llegue hasta allí?

El sargento levantó las cejas:

—Ahhhh. Ya entiendo. ¿Pero funcionará?

—No tengo idea. Pero no se me ocurre otra opción.

Zark se llevó la mano al mentón, pensativo:

—Pudiera funcionar.

—Pudiera funcionar —repitió el capitán.

Era un plan un poco tonto, ciertamente. Pero con tan pocas posibilidades, era lo mejor que se le ocurría: usar el pan como un tapón de oreja. Ya existían los tapones para las orejas, incluso se vendían en el mercado, hechos de cera de abeja, principalmente.

El plan del capitán era ponerse un poco de pan en las orejas y, de ser necesario, taparse también los oídos con las manos.

Si eso no funciona, estamos perdidos. La única otra opción será destrozarnos los tímpanos. Y no estoy seguro de que eso es algo que pueda hacer, se dijo, estremeciéndose ante la posibilidad.

—Hagamos la prueba —dijo el capitán.

Pellizcó un trozo del pan, lo metió en su boca brevemente, luego lo hizo rodar en sus dedos hasta convertirlo en una bolita alargada. Lo introdujo en una oreja, después en la otra. Se aseguró de hacerlo hasta adentro, dejando para después el pensamiento de si sería capaz de sacar el pan de allí.

Ya me preocuparé por eso, si salimos con vida.

El sargento, de pie frente a él como a dos pasos de distancia, dijo:

—¿Me escuchas?

Supo que dijo eso por el movimiento de los labios, pero en realidad no oyó nada.

—No escucho nada —respondió el capitán, su voz resonando dentro de su cabeza—. Habla más fuerte.

—¿Me escuchas? —repitió el sargento.

—No escucho nada —dijo el capitán, una sonrisa en el rostro—. Quizás esto funcione, después de todo. A ver, grita.

—¿Me escuchas?!

Esta vez sí, aunque apenas. Arjen puso la punta de los dedos sobre la lengüeta de la oreja que tapa el oído. Cuando gritó el sargento una vez más, no escuchó nada.

Se abrió la puerta del granero, una ráfaga de viento entrando y pegándoles en el cuerpo.

El corazón del capitán se aceleró, la sangre bombeando con tanta fuerza que la vista se le nubló por un momento. En su cabeza resonaba cada palpar.

—Rápido —le susurró al sargento, dándole el pedazo de pan.

Zark dijo algo entre dientes que no pudo escuchar y, al no tener tiempo suficiente para remojarlo en la boca, se colocó aprisa los dos pedazos de harina en las orejas.

El barón Ilden Dreksel venía flanqueado por Normán y Karg.

El capitán se concentró en sus labios.

El barón, al llegar a la reja, lo miró y sus labios se movieron. El primer sonido era labiodental, y el segundo puramente labial.

«Firme», adivinó Arjen, y se puso como estatua. Tenía al sargento a un brazo de distancia, a su derecha, medio paso al frente.

El brujo dirigió ahora su mirada hacia el sargento, y repitió la instrucción.

El cuerpo del sargento se estremeció ligeramente y se quedó rígido.

Maldición, pensó el capitán. Está hechizado.

O el sargento era un excelentísimo actor, o el tapón en sus oídos no había cumplido su función.

Normán abrió la jaula.

El barón entró primero, los otros dos andando detrás de él, como guardaespaldas.

Ilden Dreksel enseñaba sus dientes, una horrorosa sonrisa, divertido.

Acércate un poco más, brujo bastardo.

Dreksel dijo algo, pero Arjen no lo entendió bien. Se esforzaba por mirarle los labios, pero no distinguía las palabras.

¡Acércate más!

El barón lanzó una carcajada, ladeando la cabeza hacia atrás. Luego miró al capitán, sacudió la cabeza, condescendiente, y dio cuatro pasos en dirección del él. Se lamía los labios.

Viene a por mi cuello.

Se detuvo justo frente a Arjen.

Ahora.

Con un grito de furia y lo más rápido que pudo, el capitán lanzó su puñetazo.

Lo vio todo lento.

El rostro del barón, los ojos brillando como áspid, sonriente, la rosada punta de la lengua en la comisura izquierda del rostro, la piel pálida. Luego cambió la expresión de los ojos al percatarse de que algo iba mal. Se le abrieron grandes, aunque parecía como si la

comunicación entre los ojos y la boca fuera mala, pues seguía sonriendo.

Los nudillos conectaron con la boca y la nariz con tal violencia que la cara se le deformó, los huesos tronaron, el cuello incapaz de detener la fuerza de la cabeza que se fue hacia atrás, las manos aleteando como pájaro atravesado por una flecha, y el barón Ilden Dreksel se desplomó de espaldas al suelo.

19. EXPRESIÓN DE INCREULIDAD

ALGO VOCIFERÓ NORMÁN antes de recibir la patada en la entrepierna. El grito de dolor se le atoró en la garganta, la mirada se le cruzó y las rodillas se le doblaron.

—¡Sargento! —dijo Arjen, esperando recibir ayuda, pero Zark seguía petrificado. ¿Por qué, si el brujo estaba desplomado en el suelo, inconsciente?

No, no estaba inconsciente.

Dreksel, en el suelo, ladeó la cabeza y escupió sangre y dientes.

Para entonces ya tenía a Karg encima con la espada desenvainada. Por media pulgada se salvó de que le abriera el pecho.

La jaula, que al principio se le había hecho amplia, ahora le parecía sofocantemente pequeña.

Esquivó un segundo espadazo y un tercero que le pasó tan cerca de la cara que sintió el aire.

Karg se detuvo. Miró rápidamente por encima de su hombro, hacia el sargento, que seguía de pie como estatua de mármol, y cambió de opinión: mataría primero al sargento. Más fácil.

—¡No! —gritó Arjen al ver al lugarteniente dando una zancada y levantando la espada.

Antes de que la hiciera descender, el capitán lo tomó por atrás, un abrazo que detuvo la fuerza del hachazo, aunque no del todo, pues el filo alcanzó el hombro izquierdo de Zark, sin fuerza para romperselo pero suficiente para abrirle la piel.

Karg se plantó bien. Se preparaba para lanzar al capitán por encima del hombro, pero éste, sintiendo el movimiento del cuerpo, lo soltó al mismo tiempo que le daba una patada por encima de la cadera. El lugarteniente se dobló hacia la derecha, una mano sobre el golpe, y trastabilló.

Normán estaba a gatas cerca de él, intentando levantarse, sin éxito.

El capitán, apresurado y aprovechando la desorientación del comisario causada por el dolor, desenvainó la espada que el comisario llevaba al cinto y encaró a Karg, que lo miraba con ojos desorbitados de cólera. Antes de que intentara de nuevo clavarle la espada al sargento, el capitán atacó.

Saltaron chispas de los aceros.

Karg contraatacó, haciéndolo retroceder, pero el capitán desvió dos veces y se lanzó al frente rápidamente. La punta de la espada alcanzó al lugarteniente en el pecho, en el área del corazón, pero el hueso de la costilla desvió la punta y no entró, sino que solo le desgarró la piel y la túnica. Karg gritó de dolor y retrocedió hacia la puerta de la jaula.

Va a encerrarme.

Pero no, Karg se detuvo, una mueca de dolor en el rostro, la palma de la mano sobre la herida.

Arjen sintió movimiento a su izquierda. Era Normán, que había encontrado fuerzas, aproximándose con una daga en mano y el rostro desorbitado.

El capitán de los sabuesos dio un par de mandobles. El primero desvió el arma del comisario y el segundo le destrozó la sien, el filo entrando hasta la cuenca del ojo, que se reventó, se deshizo.

El comisario Normán regresó al suelo, muerto.

El barón Dreksel intentaba incorporarse y, al mismo tiempo, gritaba y se inspeccionaba la destrozada dentadura.

A ver si puedes arreglarte eso, brujo bastardo.

Karg acometió. Con fuerza, determinación, violencia.

Era buen espadachín.

Pero Arjen era mejor.

Se aseguró de dirigir el combate lo más lejos posible del sargento, pues sabía que, si le daba la oportunidad, Karg le enterraría el acero.

El lugarteniente cometió un error. Lanzó la espada al frente con demasiada fuerza. Arjen hizo descender el filo verticalmente,

golpeando el recazo del arma enemiga, justo por encima de la guarda. Karg perdió la espada.

Te tengo, maldito.

Pero el lugarteniente no se dio por vencido. Cuando el puño del arma abandonó sus dedos, inmediatamente se lanzó hacia el capitán, tomando fuertemente su muñeca con ambas manos, inmovilizando el acero, luego empujó con el hombro al pecho y, antes de que pudiera hacer algo al respecto, Arjen salió volando, una maroma que lo mandó pesadamente al suelo.

Ahora fue él quien perdió la espada, cuya punta pegó en el suelo y rebotó de manera extraña, haciendo tres giros y cayendo como a cinco pasos de distancia.

Tengo que recuperarla...

Ni siquiera logró ponerse de pie.

Karg se lanzó encima de él, sentándose sobre su abdomen, dificultando el respirar.

¡Plac! ¡Plac!

Arjen recibió dos golpes en el rostro, el primero en la mejilla y el segundo en el pómulo. Ese segundo puñetazo fue tan fuerte que, debido al golpe, al sudor y a la inercia, el pedazo de pan que tenía en el oído, ese tapón de oreja improvisado, salió volando.

Sin eso, estaba de nuevo a merced de la voz embrujada.

De pronto podía escuchar el jadeo del enemigo que tenía encima. Por alguna extraña razón fue como si también regresara su olfato, pues lo invadió el olor de sudor, sangre y tierra.

—¡Muérete, maldito perro! —gritó Karg, con todas sus fuerzas haciendo descender ambas manos como si fueran un martillo.

Arjen movió la cabeza y el golpe dio en el suelo.

Karg gritó. Levantó la mano izquierda. Estaba retorcida. Se había roto la muñeca.

Mi turno.

Arjen levantó el puño con toda pizca de energía que todavía tenía, que aunque era cada vez menos fue suficiente para dar justo en la barbilla de su enemigo. Los dientes chasquearon, la cabeza hizo látigo hacia atrás, un segundo puñetazo con la mano izquierda

que dio en la quijada, y Karg lanzó dos golpes, pero al aire, desorientado, y su cuerpo perdió fuerza.

El capitán empujó, se lo quitó de encima, fue a por la espada en el suelo, regresó con Karg...

Seguía vivo. Pero estaba en el suelo de lado, los ojos abiertos, la mirada perdida. Con la bota, el capitán lo puso de espaldas al suelo, y le encajó la espada en el corazón.

—*Ahhhhgggg* —agonizó el lugarteniente, los ojos abiertos, la frente cubierta de sudor. Se estremeció, y murió.

Arjen se dio la vuelta.

El barón Dreksel estaba de pie.

Por el golpe tenía la cara tan hinchada que no veía bien. Gruñía e intentaba aclararse la vista con los dedos, como tratando de quitarse algo que le estorbaba.

El capitán se apresuró hacia él.

Estaba a tres pasos de distancia cuando el brujo chupa-sangre se dio la vuelta y se miraron.

Tenía la cara desfigurada. Le faltaban tres o cuatro dientes. La nariz rota, la sangre bajando a borbotones. Las mejillas tan hinchadas que le habían dejado los ojos parcialmente cerrados.

—¡TÚÚÚ! —gritó el barón.

Antes de que verbalizara una instrucción, Arjen se deslizó al frente y lanzó la espada en arco horizontal.

La punta desgarró el cuello del barón Ilden Dreksel, un chorro de sangre salió expelido de la herida. El hechicero se llevó las manos a la cortada, los ojos saltones, la piel antes pálida y ahora roja.

Se le doblaron las rodillas y se fue de espaldas.

El capitán se acercó y lo miró mientras agonizaba, mientras gorgoteaba, temblaba y escupía sangre.

Hasta que, de repente, el brujo se quedó completamente quieto, los ojos abiertos y el semblante congelado en una última expresión de incredulidad.

20. MEJOR PLAN

PARA ESTA TARDE, la «casa del Verdugo» estaba llena de soldados de la guardia de la ciudad.

Por fortuna, el capitán de la guardia no estaba coludido con el difunto brujo. Inmediatamente comenzaron los trabajos de revisar la condición física de cada uno de los prisioneros, en especial de los niños. Se mandaron traer a todos los médicos de la ciudad para atender la situación.

El comandante João Aldani se despertó y se fue recuperando después de comer, beber y ser atendido por un médico.

El capitán Arjen y el sargento Zark estaban en el patio, bajo la sombra de un árbol, fumando pipa.

Habían recuperado ya sus cinturones de armas.

Me sentía desnudo sin el mío, pensó el capitán.

Cuando el barón Dreksel murió, Zark recuperó el control de su cuerpo. Agradeció al capitán y juntos abrieron las jaulas, asegurándoles a los prisioneros que estaban a salvo, pero pidiéndoles que no abandonaran la casona hasta que sus heridas fueran atendidas.

El resto de los guardias que trabajaban para el barón no representaron un problema, sobre todo cuando vieron al capitán Arjen salir del granero con la cabeza de Dreksel en la mano, la sangre descendiendo del cuello cercenado. Eso fue suficiente para que todo soldado enemigo aceptara que la batalla había terminado y que el barón estaba —a juzgar por su semblante— en el bando de los perdedores.

Entre los prisioneros enjaulados estaban dos soldados de la Santa Hermandad de la Verdad. Aunque heridos, uno de ellos con un brazo izquierdo relativamente grave, podían caminar sin problema. Así que fueron ellos dos, encima de un par de caballos, quienes

emprendieron el camino de regreso a la ciudad, donde dieron aviso de la situación al mayor de la guardia, un hombre llamado Ferren Akán, quien envió a su capitán primero.

Allí, debajo del encino, Zark lanzó una larga bocanada de humo.

—No estoy seguro de que esto vaya a funcionar, capitán.

Arjen estaba distraído pensando en nada, disfrutando del aroma del tabaco. Miró a su sargento con curiosidad:

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—A que le debo dos veces la vida en muy poco tiempo.

—Bah. Sabes que no importa. Y no vayas a ponerte melancólico y a darme las gracias. No necesito que me des las gracias.

El sargento sonrió:

—Está bien. Aunque...

—No lo hagas.

—Tengo que.

—No lo hagas.

—Gracias, capitán.

Arjen, una leve sonrisa en el rostro, asintió con la cabeza:

—Sé que harías lo mismo.

—Por los espíritus que sí. Y le rezo al Gran Creador que, la próxima vez que nos veamos en grandes aprietos, sea yo el que salve su trasero. Con todo respeto, capitán.

—No dudo que así será.

En total rescataron treinta y dos niños prisioneros, doce mujeres y ocho hombres, incluyendo al comandante Aldani y dos de sus hombres.

—¿Sabes qué es una de las cosas que más lamento de todo esto? —dijo el sargento.

—¿Qué cosa?

—No haber sido yo el que le cortó el cuello al brujo.

—Ya tendrás tu oportunidad para cortar cuellos, sargento.

—Espero que el próximo no sea de un brujo.

—Que Eluvá te escuche.

Se quedaron fumando allí un rato, mientras veían trabajar a los soldados.

Se habían deshecho de un antiguo mal, y por eso Arjen se sentía satisfecho.

Y muy cansado, también.

—¿Qué sigue, capitán?

—Regresar a la gran ciudad.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

Arjen chupó hondo la pipa y exhaló:

—El viaje es largo, y estoy seguro de que a nuestro comandante no le hará diferencia si llegamos en un par de semanas. Dicen que en la isla hay buena comida, excelente aguardiente y hermosas damas. ¿Qué opinas, sargento?

—Opino —respondió— que es el mejor plan que he oído en mucho tiempo.

...

12 de mayo, 2026

AL LECTOR

QUERIDO LECTOR:

Gracias por haber sido parte de las aventuras de Arjen y Zark. Este viaje ha durado aproximadamente un año para mí, como escritor, y he disfrutado cada momento.

Te agradezco por haber leído todas estas páginas, y espero que te hayas divertido leyéndolas tanto como yo escribiéndolas.

Sería para mí de gran ayuda si pudieras reseñar esta novela, pues para las novelas independientes, las reseñas son absolutamente fundamentales. Sin eso, los libros desaparecen entre un mar de opciones.

Gracias por leerme. Nuevas aventuras están por delante. ¿Nos vemos allí?

J.J. Villarreal

LIBRO GRATIS

DESCUBRE LA FANTASÍA épica de J. J. Villarreal

Recibe hoy, completamente gratis, la novela de J.J. Villarreal, titulada: «Las crónicas de Casten». Más de 350 páginas de fantasía épica.

¡Descárgalo inmediatamente y disfruta!

Recíbelo hoy: jjvillarreal.subscribepage.io

LAS
CRÓNICAS
DE CASTEN
TRILOGÍA COMPLETA

J. J. VILLARREAL

UNA NUEVA AVENTURA

NO TE PIERDAS, a partir del otoño 2026, una nueva serie épica ambientada en el mundo de los «sabuesos del rey».

Disponible en Amazon y Kindle Unlimited a partir de otoño 2026 a un precio especial.



Sinopsis:

La colosal ciudad de Tresden atraviesa una ola de crímenes. La sargento Alana Verlán ha recibido su primera misión: capturar a una escurridiza estafadora que lleva meses burlando a las autoridades.

Alana está decidida a demostrar que merece un lugar en la Honorable Compañía de la Justicia del Rey, los legendarios «sabuesos del rey», la unidad de investigadores de élite del reino.

Parecía una misión sencilla.

No lo es.

Cuando la investigación da un giro inesperado, Alana y Órnel, su joven y valiente auxiliar, se ven arrastrados a una peligrosa conspiración. Lo que comenzó como la búsqueda de una delincuente pronto los enfrenta a asesinatos, traiciones y secretos que poderosos enemigos harían cualquier cosa por mantener ocultos.

Mientras las sombras se ciernen sobre Tresden, Alana deberá demostrar su valía o arriesgarlo todo en su primera misión.

¿Conseguirá descubrir la verdad antes de que la verdad la mate a ella?

No te pierdas el primer episodio de una nueva saga ambientada en el mundo de los «sabuesos del rey».

Disponible en Amazon y Kindle Unlimited a partir de otoño 2026 a un precio especial.

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal **Disponibles en Amazon y Kindle Unlimited**

Serie «Mercenaria»:

Mercenaria

Traidora

Asesina

Hereje

Justiciera

Princesa guerrera

Sombra vengadora

Serie «Guerrero dragón»:

El despertar del dragón

El guerrero dragón

La reliquia del dragón

La venganza del dragón

La resurrección del dragón

Serie «Las crónicas de Casten»:

Las crónicas de Casten

El amuleto

El agorero

Serie «Los sabuesos del rey»:

La justicia del rey

La muerte de la atalaya

La venganza del adivino

El terror del mago

La sangre del heraldo

El juicio del verdugo

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Notes

1. Unos tres metros.
 2. Cada vigilia tiene una duración aproximada de tres horas.
-